



MEMORIAS
SOBRE LA JÓVEN LERIDANA

TERESA GUIX,

(A) MASETA,

AJUSTICIADA EN ESTA CAPITAL
en 26 de agosto de 1839.

POR CAUSA DEL ASESINATO QUE
cometió en la persona de su marido
en su casa los dias 25 de octubre de 1838
SEBASTIAN GUIX.

Lérida: Por Buenaventura Corominas,
Año 1840.

Los Editores reservándose el derecho de propiedad consignan el corto producto de este escrito, en sufragio del alma de la misma Tóven sentenciada.

Corrió Lérída de tropel á agolparse al rededor de las cárceles de la paeria de esta ciudad en la mañana del 24 de agosto del presente año para ver, si le era posible, como ponian en capilla á Teresa Guix, (a) *Maseta*, natural y vecina de la misma ciudad. Movia á sus vecinos la indignaciou con que un año antes se habia pronunciado el público contra esta malhadada muger, la cual habia caido en el ceseso horroroso de asesinar á su propio marido. No pocos de los que lograron presenciar aquel acto tan lastimero, al contemplar la tranquilidad de espíritu y el valor heroico de aquella muger, que puede en sierta manera llamarse singular, al

oír las religiosas y fervientes espresiones de aquella nueva Magdalena, al admirar su resignacion verdaderamente admirable, por ia que se constituia víctima espiatoria sobre el altar de la justicia, ciertamente no pudieron menos de trocar en afectos vehementes de ternura y piedad aquellos sentimientos de horror y exêcracion del año antecedente; y aun algunos de los que parecian mas fuertes llegaron á derramar lágrimas en presencia de aquella trocada muger, no obstante que marcada con el sello del oprobio. *¡Cuanto puede la Religion del Crucificado!* se decian á sí mismos con una santa admiracion. *Aunque ella no fu-se divina, bastaria para abrazarla el consuelo que proporciona á la humanidad en una situacion tan lastimosa. El acto de valor y resignacion que presenciarnos, es sin duda suficiente para hacer amable á esa divina Religion que lo inspira.* Asi se hablaban mutuamente, comunicándose unos á otros la justa sorpresa en que se veian,

Estos mismos testigos de vista y oi-

do dieron al público una idea del valor egemplar que habian admirado en Teresa: publicó la fama hasta la menor circunstancia de las acciones y palabras que tanto realce daban á la virtud de aquella muger arrependida. Acudieron á la capilla personas de varias clases y categorías. y pocas hubo que no saliesen edificadas y llenas de asombro al contemplar aquella serenidad de espíritu que brillaba en ella, no obstante de hallarse colocada ya casi en el umbral de la eternidad, no pudiendo dejar de conocer una causa sublime y poderosa que la animaba, y que parecia manifestarse siempre mas visiblemente: ¡tan llenos de espíritu de religion fueron aquellos postreros dias para la que parece mas digna de ser llamada feliz que desgraciada! hasta que finalmente entregó su alma al supremo Hacedor en presencia de un inmenso gentío que se agolpó desde la cárcel hasta el lugar del suplicio, no solo de Lérida sino tambien de los pueblos circunvecinos, y aun de algunos bastante lejanos.

El público que no ha logrado admirar sino una pequeña parte de estos hechos, hechos no de ignominia sino de piedad, ha manifestado repetidas veces los deseos con que anhela ser informado con exáctitud y fidelidad de este como prodigio de valor cristiano; y los testigos oculares y de oído que lo presenciaron, y anotaron una buena parte de sus pormenores, creen de su deber complacerle en tan justos deseos; y á esto se dirige la siguiente sencilla narracion; pudiendo asegurar sin temeridad que cuanto se pone en boca de Teresa Guix, es lo mismo que ella pronunció, bien que en idioma catalán; y ¡ojalá hubiese sido posible dar á sus espresiones al vertirlas en castellano aquella misma viveza con que las pronunció casi todas en su idioma nativo! ¡y ojalá tambien que al leerlas el público experimentase aquella misma tierna mocion que sentian allá en su interior los que se las oian!

APUNTES SOBRE SU VIDA.

SU NACIMIENTO.

Nació nuestra Teresa en esta ciudad de Lérida á 24 de febrero de 1816. Fué su padre Antonio Velasch y Mas, de cuyo segundo apellido le vendrá el nombre de *Maset*, y á ella el de *Masetta*; y fué su madre Ysabel Mir. Desde su infancia cuidó de su educacion un eclesiástico que vivia en la familia, el cual nada omitió para plantar en su alma las semillas de una religion que habia de ser algun dia su consuelo, y que lo fué realmente en la cárcel, en la capilla y en el patíbulo.

Procuró asimismo cultivar su corazon y entendimiento con saludables consejos y conocimientos útiles á su sexo; y ella así como iba creciendo, da-

ba muestras de ser algun dia una muger elevada sobre la esfera comun de las demás de su posicion social. Al hallarse su padre en su última enfermedad, rodeado de su hija Teresa y demás familia, se le oyó pronunciar estas palabras á presencia de aquel mismo que habia cuidado de su educacion: *Hijas, reconoced por padre á este eclesiástico; y V. añadió volviéndose á él, dignese serlo de la familia, que dejó huérfana sobre la tierra.* Se conformaron todos con esta tierna expresion de su voluntad; y espiró aquel padre entre los consuelos que le prodigaron la Religion y su familia.

Su mocedad.

Seguió Teresa virtuosa y sin tropiezo la primavera de su vida, hasta que se trasladó á la villa de las Borjas. Allí cambió finalmente su estado, siendo los últimos años no pocos turbulentos é infelices. Allí se empezó á hablar de casamiento con Sebastian Guix. Gemia ella, pareciéndole que se hallaba en una horrible esclavitud; siendo así que

si no se le permitia toda aquella soltura que ella, poco esperta y sin conocer los peligros que la amenazaban, tal vez deseaba, no era esto otra cosa que efecto de un zelo paternal por su bien; zelo que raras veces es demasiado cuando se trata de una jóven hermosa y sin experiencia. Entretanto se presentó Guix; el cual, si no pudo avasallar el corazon de la que habia cautivado el suyo, consiguió alomenos convencer su razon, y logró al fin su consentimiento; pues que haciéndole presente que el único alivio que podia hallar en la que ella llamaba deplorable situacion, era aceptar su mano, que le ofrecia, consintió en casarse con él: casamiento en que ella convino por su propia eleccion, no habiendo sido bastantes para disuadirla los consejos de su madre y protector, que le pintaron con vivos colores las tristes consecuencias que eran de temer de su matrimonio en tan temprana edad.

Su casamiento.

Se casó en fin: y el eclesiástico protector de aquella familia, no desoyendo

las voces de su padre moribundo , le entregó algun dinero, hablándole entretanto de esta manera : *Tu padre me substituió en los deberes de padre; no quiero hacerme indigno de la confianza que hizo de mí en aquella hora. Toma; esto es lo único que puedo sacar de mis ahorros. Una prenda quiero tambien entregarte, le añadió; debes guardarla como cosa mia.* Le entregó un Crucifijo. *Esta es la prenda digna de un cristiano protector. No tienes ya derecho á esta casa : solo dos seres tienen derecho sobre tí; Dios y tu marido. Si el segundo te causáre algun disgusto , solo Dios, que te ha unido con él, puede consolarte. Si algun dia (Dios no lo quiera) fuéres infeliz, recurre de corazon á este Señor , que él ha prometido que no desampará á que humilde implora su proteccion.* ¡Cuan distante estaba aquel sacerdote de pensar los inefables consuelos que debia proporcionarle aquella santa imagen del Señor crucificado ! Mas adelante se verá de quanto aprecio fué para Teresa este regalo, y el buen uso que hizo de él con los ausilios del Señor.

Sintió bien pronto Teresa las fatales consecuencias de su malhadado enlace que le habian pronosticado su madre y protector. A pocos meses de casados ya se vieron precisados por motivos de familia á separarse de la casa paterna. Como su corazon era susceptible de grandes impresiones, conoció luego la necesidad en que se hallaba de vivir bien con su esposo. Cautivó en fin este, alomenos algun tanto, el corazon de su hasta entonces disgustada esposa; la gratitud fué la que le introdujo en él; y esta muger sensible lo admitió como á amigo. Pero ah! no faltaron luego vívoras humanas que procuraron empañar el lustre de su reputacion, al parecer sin fundamento, y hacerla mal quista á los ojos de su marido, á cuyos oidos llegaron finalmente las voces de aquellas lenguas murmuradoras. Herido de por medio su corazon, quiso hacer una prueba sobre la conducta de su denigrada esposa. Fingió un dia cierto viaje, pero á la verdad dió muy pocos pasos. Entrada la noche, cuando las tinieblas encubren á los delincuentes

y á sus delitos, se asomó él al borde de la chimenea de su casa, desde donde podía ver y oír facilmente lo que ella hacia y decia. Verdaderamente logró lo que deseaba; pues se presentó en breve, no solo ella, sino tambien otro sujeto, que era el motivo de sus zelos. Nada vió su ojo escudriñador, nada oió su atento oído, que pudiese manchar ni de lejos su honor. La conversacion de los dos fué del todo inocente, como lo sería tambien su corazon; y cuando él temia verse en una continua tortura por la infidelidad de su esposa, rebozó de contento al ver su fidelidad é inocencia. Quiso no obstante aun probar mas; pues retirados que ellos fueron, se presentó con la mayor cautela y silencio al aposento de Teresa: percibió esta que entraba alguna persona; y temiendo no fuese algun invasor de su honor, apeló al único medio que tenia; á saber, dió gritos de alarma para alejarlo de sí, y oponerse á todo intento criminal. Grande fué tambien en este lance la alegría de su esposo al ver de nuevo su inocencia, y no poca la sorpresa de ella al verse

en sus brazos, mientras se manifestaba agradecido á su amor y fidelidad. El mismo difunto contó este suceso á uno de sus confidentes amigos.

No es nuestro intento dar una circunstanciada relacion de la vida de esta muger singular: bástan estas lijeras pinceladas, las cuales, al tiempo que ilustran la materia de que se trata, dan una idea de su caracter, genio y costumbres. Teresa Guix poseia una alma varonil y fuerte, al paso que era de un genio dócil y afable, de manera que cedia facilmente al conocer lo que era justo. Al presentarse inconvenientes que á una alma menos fuerte la habrian desviado de la senda que habia emprendido, su alma, superior á las desgracias, no se inmutaba. Parece puede decirse que elevada sobre la esfera ordinaria de su sexó, parecia formada para grandes vicios ó grandes virtudes: ¡dichosa ella si hubiese obrado siempre segun los impulsos de la gracia!

Pasamos en silencio sus demás años, y llegamos al período principal de su vida: ay! la pluma se resiste al tener que

mencionar su delito.....

Delito.

Una muger que mata á su propio marido!... que quita inhumanamente la vida á aquel mismo con quien habia vivido tiernamente enlazada algunos años!... que lo precipita á la eternidad sin darle tiempo para recibir los ausilios de la Religion, y ni aun para pedir perdon á Dios de sus culpas!... ¡delito ciertamente horroroso! ¡delito que despedaza la memoria de quien tubo la osadia de perpetrarlo! ¡delito en fin que ocupará un lugar distinguido en la lastimosa historia de los escesos de que es capaz el hombre, este monstruo fiero si llega á dejarle la mano de Dios! La naturaleza se horroriza al oirlo, y nuestra pluma se resiste al mencionarlo. Con todo él fué cometido; y acabó con la vida no solo del marido, sino tambien de la infeliz delincuente, á la cual condujó á una muerte afrentosa en sí misma, pero que ella ennoblecio, si así puede decirse, con tantos actos que practicó de virtud.

¿Pero fué ella tan delincuente á los ojos de Dios como la pinta su delito á los ojos de los hombres? Las tinieblas de la noche, la muerte del marido sin poder espresarse, y el obstinado silencio de quien es señalado como cómplice del delito, envuelven este horrible atentado en las tinieblas de la oscuridad, y nos privan de saber positivamente la parte formal que en él tuvo Teresa. ¿Cuau sensible es no haber podido descorrer el velo que encubrió tan trágica escena! quizá hubiéramos visto una muger mas desgraciada y menos criminal. ¿Cuantas veces, agitado el corazon de una muger por la pasion inquieta de los zelos, ó por alguna injuria recibida del marido, y oscurecida en consecuencia la mente, se atreve la mano á lo que la razon no aprueba? ¿Cuantas veces en aquel furor repentino se pasa mas allá de lo que se quiere, y no intentando sino herir, se llega no obstante á matar? ¿Cuantas veces tras el mismo delito sigue inmediatamente el arrepentimiento? señal de que ni la razon advirtió plenamente la malicia del atentado,

ni la voluntad la quiso plenamente. El derecho en fin que tenemos todos á defender nuestra vida, pone el cuchillo en manos del acometido para defenderla contra el agresor, aunque sea matándolo, si no hay otro medio para salvarla. Varios han sido nuestros esfuerzos para averiguar la verdad; pero á pesar de ellos no se ha logrado que ella brillase claramente: han sido absolutamente estériles nuestras investigaciones. Atendiendo á lo que de ella suponía el público, el cual no pocas veces se mueve por un vano y fantástico impulso, hemos procurado indagar si alguna persona habia tenido alguna relacion culpable con Teresa; y no sabemos que nadie, ni antes ni des pues del delito, se haya gloriado de haber logrado alguna condescendencia criminal, no obstante que no pocas veces seria atacada su virtud, pues que Lérida la llamaba hermosa. Se ha sabido sí que alguno frecuentaba su casa, pero por el vínculo de la amistad que le unia con el marido. Al espresarnos de esta manera no intentamos pintar á nuestra reá inocen-

te á los ojos de los hombres: prescindimos de la culpa que tubo delante de Dios. A los ojos de los hombres es constante que ella era reá: un tribunal justo ha mandado ajusticiarla como tal, y las pruebas de su delito sin duda eran mas claras que la luz del medio dia.

Cometió pues la infeliz el horroroso parricidio: la noche del 31 de julio á 1.º de agosto del año próximo pasado fué la triste noche de esta maldad. Habia salido Sebastian de viaje el 30; y como hallase obstruido el paso de la carretera, juzgó prudente regresar á esta el siguiente dia: pero no se presentó á su casa hasta las nueve de la noche, no obstante que habia llegado á la ciudad á las cuatro de la tarde. No le tenia pues su esposa prevenida la cena, ni tampoco la criada, y esto dió márgen á algunas rencillas entre los dos. A cosa de las tres estaba ella tomando el fresco en el balcon; y no obedeciendo puntual á la voz de su marido, que la llamaba, se trabó una seria pendencia entre los dos; y habiéndole ella

dado un puntapié, la acometió él con una navaja, que sacó de la alacena, en ademán, segun parecía, de matarla: alomenos así lo declaró ella, la cuales constante quedó herida de los dedos. Viéndose ella en aquel peligro de perder la vida, salió en busca de socorro, y un hombre á quien encontró, segun tambien ella dijo, creyendo defender á una muger que en medio de sus angustias reclamaba su proteccion, añadió nuevas heridas á la herida mortal que ella le habia dado con el mismo cuchillo que habia logrado arrancar de su mano, y así acabó con la vida de aquel desdichado esposo. No paró aqui esta escena de horror. Intentando ella envolver delito tan atroz en las tinieblas de la incertidumbre, procuró fuese colocado su cadaver en una calle, despues de haberlo tenido oculto en casa por espacio de un dia entero. Ahí está la parricida de 1.º de agosto de 1838.

Cárcel.

A pesar de los conatos con que pro-

curó encubrir este hecho, no pudo escaparse de las investigaciones de un juez ilustrado á la par que zeloso; y esta infeliz delincuente comenzó á gemir dentro breves dias entre los horrores de la cárcel. Teresa Guix, sobre cuyas aras tanto incienso habia quemado el mundo, se vió abandonada del mundo entre la lobreguez de aquella triste soledad. La abandonó el mundo; pero no la abandonó la providencia. Aquel mismo Dios que se valió de la cárcel para convertir á Manasés, segun el libro santo, se valió tambien de la cárcel para convertir á nuestra parricida, y haer de ella una nueva Magdalena. La providencia fué su consuelo desde aquella hora, y un Dios crucificado por su amor era el amigo que enjugaba sus lágrimas, y endulzaba las amarguras de su corazon. El Crucifijo que le habia regalado su maestro y protector al principio de su fatal enlace, habia estado bastante tiempo olvidado en un rincón de su casa; pero aquel mismo sacerdote, no obstante que pocas relaciones habia tenido con ella des-

de entonces, no pudo olvidar el encargo de su padre moribundo, y volvió á presentarse como á su protector. Vno de sus primeros pasos fué mandarle por medio de su madre aquel olvidado Crucifijo, imagen santa que tantos recuerdos podia escitar en su corazon; y le envió al mismo tiempo un *ejercicio cotidiano* y un libro de meditaciones. Al ver Teresa el Crucifijo, aquel amigo que le habia recomendado el sacerdote que dirigió su infancia, ¡ con qué colores tan vivos se presentaron en su imaginacion aquellas fatídicas palabras que él le habia dirigido al desposarse con Sebastian, desposorio que tal vez fué el origen y causa de toda su desgracia! *Si; Dios mio!* exclamó ella desde luego; *vos habeis de ser en adelante mi solo y mi verdadero amigo: amaros á vos será mi sola ambicion sobre la tierra.* Esta muger, que, aunque jóven, abrigaba allá en su interior una alma grande, conoció muy luego la necesidad en que se hallaba de amar á un ser sin duda digno de amor, el mismo que tiene sus complacencias en apiadarse de

los infelices: conoció ya que nada podia esperar del mundo, que la abominaba horrorizado de su delito. Solo vió brillar en el cielo un rayo de esperanza, y allá dirigió desde luego su vista y su corazon. Acabaron para ella todas las relaciones con el mundo: y si la virtud huyó un dia horrorizada de su corazon delincuente, volvió en fin á entrar gustosa en él por medio del arrepentimiento con que detestó sus delitos, acompañado de la sinceridad con que se reconoció pecadora, humillada á los pies de un ministro de aquel mismo Señor: así puede pensarse piamente. Esta muger varonil, capaz de grandes resoluciones, caminó desde entonces por la senda de la virtud: y fueron sus pasos tan agigantados, que Lérida la consideró tal vez mas grande en su vida virtuosa que detestable en sus dias delinquentes. ¡ Que felicidad para las compañeras de prision! entró con ella en las cárceles la devocion y el temor santo de Dios. No solo no se le oyó palabra ni se le vió accion que oliese á mundo, sino que antes bien con sus mismas palabras y

con sus mismos ejemplos mejoraron no poco las costumbres de aquellas desgraciadas. Rezaba ella todos los dias el rosario y varias oraciones. No pudiendo satisfacer los vivos deseos que tenia de oír misa, tomaba en sus manos el libro, y leían sus labios, y sobre todo su corazón, oraciones propias para aquel acto santo, figurándose entretanto que asistía á él en el templo del Señor. Le merecieron un aprecio especial las tiernas y devotas oraciones de aquella dichosa Virgen protestante que convertida á Dios á la edad de 15 años, espiró á los 18 en olor de santidad: y con el librito en la mano ¡cuantas veces exclamó con un corazón contrito y humillado: *Jesus misericordioso, tened compasion de mí!* Pero no paraban aquí los actos virtuosos de su nueva vida: entre tinieblas había ofendido á Dios, entre tinieblas adoraba á Dios. A deshora de la noche, á saber, si puede creerse á alguna persona que lo aseguraba, á la misma hora en que había muerto á su marido, entonces cuando la naturaleza estaba en silencio, y el sueño había regular-

mente entorpecido las potencias de sus compañeras, ella se levantaba de la cama, se ponía de rodillas, y dirigía al Señor su corazón. Allí, en aquel oscuro lugar, en aquella lóbrega soledad, le protestaba su arrepentimiento; allí le pedia perdón de sus pecados; allí oraba por el descanso del alma de su marido; allí le pedia la gracia de acabar sus dias en su santo amor. Las tinieblas se habían horrorizado de su maldad, las tinieblas eran testigo de su dolor. No se olvidó de limpiar su alma en las aguas santas de la penitencia. No se contentó con recibir una sola vez el sacramento de reconciliación; muchas veces se confesó ya en la cárcel. Y movida de los deseos que sentía de unirse con el Señor, á pesar de que le había ofendido, y de cuya bondad confiaba que la había perdonado, solicitó y alcanzó de la autoridad competente el permiso para bajar á la capilla, y recibirle en ella por medio de la sagrada comunión, la que le ministró en el acto de la misa el sacerdote depositario de su conciencia.

Confesion general.

¡ Con cuanta puntualidad puso en práctica los avisos que procuró darle luego su protector, no menos compadecido de la triste situacion en que se hallaba, que zeloso de su salvacion ! Que el hecho no tenia mas remedio que el arrepentimiento, y que de él pendia sin duda su salvacion, esto es lo que le hizo entender luego por medio de su madre. Una confesion general de toda su vida era el medio no solo para resarcir todas las confesiones pasadas en el caso, temible tal vez, de que le hubiese faltado algun requisito esencial, sino tambien para que viendo de un golpe de vista todas sus fragilidades, concibiese mas facilmente, auxiliada de la gracia, el debido sentimiento de haber ofendido con ellas al Señor. Esta confesion le aconsejó él en primer lugar, y ella la hizo con no poca satisfaccion de su alma, como se lo aseguró al noticiarle que habia cumplido con aquel su aviso, hasta decir que habia queda-

do con una satisfaccion muy grande, y que estaba su ánimo muy tranquilo.

Así como fué dócil en cumplir con el consejo de la confesion general, lo fué tambien con los otros consejos que le dió el mismo señor, á impulsos del deseo que tenia de su salvacion. Él le hizo presente que atendida la gran flaqueza de nuestra naturaleza, tan corrompida y entregada por el pecado de Adan, es necesario para no desmayar en el camino de la virtud hechar mano de aquellos ausilios y socorros que nos estimulan à obrar siempre mejor; y por lo mismo le aconsejó que procurase armarse de la fe y de la caridad, y no menos de la esperanza, teniendo presente la misericordia del Señor y los méritos de la sangre de Jesucristo, que se dignó morir por nuestra salvacion. Le encargó despues que al levantarse por la mañana, con tal que esto no se opusiese à las instrucciones que le hubiese dado su director, recurriese luego à Dios, pidiéndole su ayuda, y que hiciese oracion antes de ocupar su mente en otras cosas, figurándose que su An-

gel Custodio la llamaba á alabar juntos al Señor. Le añadió que mientras estubiese vistiéndose pensase en alguna cosa espiritual; como por egemplo, que en el Bautismo habia sido vestida de la gracia; que era peregrina en este mundo; y que era una caminante que debia dirigir sus pasos á la patria celestial. Le dijo que hincada despues de rodillas ante aquel Crucifijo que le habia regalado, diese gracias á Dios porque la habia guardado aquella noche, y por los demás beneficios que tenia recibidos; y que le pidiese que la guardase aquel día y siempre de todo pecado, dándole gracia para hacer siempre su santa voluntad: que se ofreciese á su divina Majestad, y formase la intencion de que fuese á su mayor gloria cuanto hiciese, hablase y pensase en aquel día; y que no se olvidase de encomendarse á la santísima Virgen, tan poderosa que es para aplacar á Dios y librar á los pecadores del enemigo infernal; y que no se olvidase al mismo tiempo de recurrir al Ángel su custodio y á los Santos: y que despues destinase á lo me-

nos media hora á la oracion mental, segun la comodidad y el local lo permitiesen; y que para todo eso procurase madrugar. Le encargó por último que procurase con cuidado evitar la ociosidad. Lo que queda insinuado arriba, es una prueba constante de cuan bien supo aprovecharse de estos avisos saludables. Poco mas de un año estuvo en la cárcel. No pasó en ella el tiempo ociosamente: á los egercicios de devocion unia la labor de manos; y salian de ellas las prendas acabadas con igual primor que quando fuera de la cárcel. Se acercó en fin el dia de ser ajusticiada. El 20 de agosto se dió providencia para que nadie entrase en la cárcel, con el objeto de que no llegase aun á su oido que estaba sentenciada á pena de muerte, y que á no tardar habia de ejecutarse la sentencia. Advirtió ella esta novedad, y no dejó de sospechar luego cual era su causa. Esto no obstante durmió tranquilamente la noche del 23, vigilia del su traslacion á la capilla. Mientras Raymunda Torres, una de las encarceladas, con quien habia con-

traído una íntima amistad, tubo que pasar la noche pasándose, pues no podia descansar, vivamente aflijida por la triste situacion de su amiga Teresa, esta dormia descansadamente. Disper-tóse no obstante poco despues de las doce: y como tenia la santa costumbre de saludar á la santísima Virgen cada vez que el relox tocaba horas, (costumbre laudable que observó hasta en la misma capilla, de manera que encargó á los sacerdotes que la avisasen cada vez, si ella no las oia,) preguntó á su amiga si realmente habian dado las doce, y si habia rezado el *Ave Maria*: y con-testando la compañera que sí, y pre-guntándole si ella tambien la habia re-zado, *Estrañarás lo que voy á decirte*, contestó la rea: *me parece que soñaba, y no obstante la estaba diciendo.*

Capilla y despidos.

Amaneció en fin el dia 24 de agosto, dia para ella fatal; dia de dolor, dia sin duda horrible, si no lo hubiese embellecido la Religion y la virtud;

este es el dia en que fué puesta en ca-pilla; en aquel para los reos tan triste lu-gar en que habia de esperar la hora de pasar al cadalso, y de él á la eter-nidad. Á cosa de las nueve de la ma-ñana el alcaide, deseoso de alige-rarle el susto que naturalmente le ha-bia de causar la melancólica íntima de prepararse para bajar á la capilla, se valió del preso Agustin Reixach, á quien encargó que desde la ventanilla fuese á noticiarle que habia llegado la causa de Barceloua con la aprobacion de la sentencia de muerte de que la juzgó merecedora el juez de esta ciu-dad; y que se dispusiese por lo mis-mo á salir de la cárcel, á que no en-traria mas, para bajar á la capilla. Cumplió Reixach con el encargo del alcaide, aunque tan triste y melancóli-co: llamó á la infeliz, que estaba en la cárcel contigua, y Teresa, le dijo: *¿ sabe V. porque se hace todo esto? ¿ á que fin tanta reserva? Nada sé,* contesto ella: *¿ sabe V. algo? Si lo sabe, estimar.é me lo diga.* Conocia Reixach su genio, su virtud y resignacion; y por lo mis-

mo no reparó en decirle claramente y sin rebozo: «Hermana, tiene V. que resignarse, y pensar en Dios. Todo esto que se hace, se dirige á V. Ha llegado la causa de Barcelona con la aprobacion de la misma sentencia que se dictó en Lérida. Me ha dicho el Señor Antonio le avisase que á las diez habia de bajar á la capilla.» ¿Que reo no hubiera enmudecido? ¿quea no hubiera mudado el color de su rostro al oír tan fatal aviso? Con todo ella no manifestó sorpresa, ni se inmutó su rostro; antes bien dió las gracias á aquel preso que le habia dado el aviso. Llamó desde luego á su amiga paraque le diese los zapatos que tenia colgados en la pared, usando la notable espresion de que con aquellos iria mas lijera al patíbulo; y le pidió tambien el pañuelo negro, que tenia en el cestillo de coser. ¡Con que afecto abrazó á todas las encarceladas, y señaladamente á su íntima amiga! á todas dió repetidos besos. Como el zelo de la salvacion de las almas habia prendido en su corazon, la escitó á un acto que enterneceria á to-

das aquellas espectadoras: á saber; al llegar á una de las encarceladas se postro á sus pies, y en esta imponente positura le pidió por Dios que dejase un trato ilícito con que estaba enredada. Sí, aquí se manifestó zelosa de la gloria de Dios y del bien de aquella alma: pero no fué este el solo acto de virtud que practicó en aquel despido, y con que edificó aquellos encarcelados. Puesta á la presencia de un preso natural de las Borjas, con sorpresa de todos se postro tambien á sus pies, y en aquella humilde positura le dijo estas memorables palabras: *Estoy de rodillas paraque en llegando tu á las Borjas, en semejante positura pidas perdón á mis suegros y cuñadas, ya que no puedo hacerlo yo por estar ausente: pídeles que me perdonen; ya ven la infelicidad en que me hallo. Á otro de los presos le dijo con el mismo zelo del bien de su alma; N. no creas á aquellos que dicen no hay Dios; cree que hay un Dios, que de él depende nuestra existencia y salvacion; que nos rige y gobierna en este mundo; que cambia nuestros trabajos*

con las delicias que nos promete de la gloria. A Dios N. á Dios, Quiso despedirse tambien de otro; y sobre todo pidió por su tio, que estaba actualmente en la cárcel á causa de haber encubierto este mismo asesinato: tomóle la mano, se la estrechó, y le dijo entretanto: *Tio, pedirá V. perdon en mi nombre á toda su familia; dará V. un abrazo á mi tia. Perdóneme V.: ¡cuanto lo siento! está V. padeciendo en esta cárcel hace un año, y mi tia y su familia padecen en su casa, todos por culpa mia: ¡de cuantos males soy la causa! Perdóneme V.: se lo pido próxima á morir.* Viendo que su tio no le respondia á causa de su grande afliccion, Ya veo, añadió ella, *que V. tiene muy angustiado el corazon: Dios le consuele.*

Pidió por cada uno de los que estaban en el calabozo, pues queria despedirse de todos. Despidióse realmente, acercándose ellos de dos en dos á la ventanilla; y les encargó la encomendasen á Dios en la terrible situacion en que se hallaba, añadiéndoles que to-

masen egemplo de ella, es decir que escarmentasen con lo que ella pasaba. A unos presos de Juneda, pueblo contiguo á las Borjas, les dijo en particular: *Vosotros que conociais á mi marido, no le olvidéis, á él ni á mí, en vuestras oraciones.* Como el preso Keixach habia pedido al alcaide, le diese permiso para entrar á su cárcel á consolarla, subió este á la media para las diez á abrirle la puerta; y entonces le preguntó Teresa: *Señor Antonio. ¿aun no es hora de bajarme á la capilla?* y habiéndole contestado que no tardaria mucho, puesta de rodillas delante aquel Crucifijo que en tiempos mas felices fué el regalo de boda de su protector, exclamó de esta manera: *¡Oh soberano Señor! Vos que quisisteis padecer por mí pecadora tantos y tan crueles tormentos, y finalmente morir en una cruz para salvarme, inflamad mi corazon con el fuego de vuestro amor. A Vos, Dios mio, que sois padre de misericordia, á Vos me acojo como la mas ysea de todas las mugeres; á Vos sé Dios mio, esperando en vuestra clemen-*

cia. Confieso que soy indigna de que oigais mis súplicas; pero Vos, Virgen santísima, añadió volviéndose con el corazón á aquella Madre de misericordia, suplireis mis defectos con vuestra poderosa proteccion. Tomaronla de la mano para que se levantase, y la hicieron sentarse: pero despues de un breve rato se puso otra vez de rodillas, y hablando á su marido le dijo: Si, marido mio, yo he sido tu cruel asesiuo. Instaronla que se sentase otra vez, mas fué en vano. Lo que siento en este mundo, añadió hablando de aquella encarcelada, es por esta criatura. Hija mia, le dijo á ella misma, deja ese trato ilícito con aquel hombre casado; mira que ofendes á Dios: no permitas te pierda la vanidad, como á mí. Deja la lujuria, no ames ya al mundo. Sí; deseaba con tanto anhelo la conversion de aquella infeliz, que puesta en capilla, poco antes de ir á morir, encargó al alcaide le renovase estos avisos, añadiéndole para mas obligarle que era de las últimas cosas que pedia próxima á morir. Puesta aun en la cárcel se volvió tam-

bien á las demás, y les dijo con el mismo zelo: ¡Hermanas mias! dejad la vanidad: escarmentad con lo que veis en mí: no querais que os pierda este mundo engañoso. Se sentó entonces, y habló con ellas un rato. Y poniéndose otra vez de rodillas delante del Crucifijo y de la imagen de la santísima Virgen, hizo esta tierna deprecacion: ¡Virgen santísima! Vos que sois Madre de pecadores, y que como á tal nos habeis prometido que nos cubrireis con vuestro manto si recurrimos á vos arrepentidos, y nos alcanzareis de vuestro amado Hijo la eterna gloria: aquí vengo yo, la mas indigna de todas las criaturas, á pedir os alcanzeis el perdon de mis enormes pecados. Haced, Señora, que este mi corazón se parta de dolor de haberle ofendido, y de este modo tendré seguro el perdon. Dignáos, Señora, oirme en esta hora tan terrible, así como otras veces me habeis oido, pues que jamás os habeis mostrado insensible á mis ruegos. ¿Que mas quiero, Señora? venga la muerte, pues que mis pecados la han merecido; de vuestra mano la re-

cibiré gustosa.

A los tres cuartos para las diez volvió á sentarse, y hablando á aquel preso Reixach, le hizo un encargo. Señor Agustin, le dijo; lo que encargo á V. es que si algun tiempo sale en libertad, tome á su cuidado á mi madre y hermanos: y ahora haga Vm. el favor de escribirles lo que de mí ha dispuesto la Justicia; y sobre todo no se olvide de espresar en su carta á mi madre que la dejo estas basquiñas negras, para que las lleve todo el año de tuto. Pidió en fin á su íntima amiga si la serviria estando en la capilla: á lo que contestó ella que lo haria con mucho gusto, si se lo permitian.

Llegó en fin la hora de las diez, hora señalada para salir de la cárcel y pasar á la capilla: y lo mismo fué ver al alcaide, que le dijo: *Al instante, Señor Antonio.* Abrazó de nuevo á sus compañeras, siendo la última su amiga; á quien repitió bajase á servirla. Fué este un acto tierno: pues lloraban todas mientras la abrazaban, y ella las consolaba, y les decia: *No lloreis, her-*

manas mias, pues aunque vaya á morir, ya veis cuan resignada estoy. Y mostrándoles el Crucifijo, *Interceded por mí,* añadió, *con este divino y soberano Señor, para que se digne ampararme en este terrible trance; yo intercediré por vosotras en el cielo.* Y queriendo dejarles una prenda suya, prenda que al mismo tiempo escitase en ellas y en sus sucesoras recuerdos santos, hizo un regalo á aquella cárcel de aquel su Crucifijo. Este Crucifijo que V. vé, dijo al alcaide, lo dejo á la cárcel para todas las presas: y cuando entren unas en lugar de otras, estimaré que no lo quiten, porque es de todas; de este modo tendrán memoria de mí, y me encomendarán á Dios. Y cortando con las tijeras un papel, que fijó al pié de la cruz, escribió en él estas palabras: *Este Crucifijo lo dejó Teresa Guix.* Salió en fin de la cárcel de las mugeres; y al pasar por la de los hombres, se arrodilló en medio de ella, y pidió perdón á los presos: *Perdonadme todos,* les dijo, *si en algo os he ofendido;* y les dió el último á-Dios. Pidió permiso para

despedirse tambien de los presos de las demás cárceles, y se le dió; y la hacia admirable, al verificarlo su serenidad, de espíritu y su conformidad con los decretos de la providencia.

Descenso á la capilla.

A las diez y seis minutos entró en fin Teresa Guix á la santa capilla, saludando antes con mucha afabilidad á una porcion crecida de gente que se habia agolpado cerca de ella. Al verse en aquel lugar santo, que tanta sensacion hace á los reos, ella no se inmutó. Su primer acto fué hecharse de rodillas delante del altar, y dirigiendo su corazón al Señor, ¡ Dios mio! le dijo: *me postro delante de Vos: aquí me teneis: aquí teneis una pecadora que os pide perdon de un horrendo delito. Mis pecados, mi enorme crimen, me ha conducido á esta santa capilla. Sí; Dios mio! soy una pecadora: pero Vos habeis espirado por mí en una cruz para salvarme: derramad, Señor, sobre mí una gota de la sangre de vuestro costado,*

y borrad con ella mis culpas. Concededme, Señor, que se conviertan conmigo tantos pecadores, tantas mugeres que van solicitando á otras al pecado. Y hablando como que tubiese presente algunos malos esposos, Casados, añadió, que infieles á las esposas que Dios os ha dado, vais seduciendo á otras y otras sin jamás estar contentos: mugeres casadas que os dejais seducir.... interrumpida por un sacerdote de los que la asistian, se volvió á él y le preguntó si pecaba diciendolo aquello.... Advirtiéronle entonces que estaba allí el Escribano para leerle la sentencia; y diciéndole él, " Teresa, voy á leerle la sentencia que la Sala del crimen de la Audiencia territorial ha tenido á bien dictar." No me la lea V. le dijo ella; *ya estoy conformada con la muerte que se me espera. Pero debiendo cumplir el Escribano con su obligacion, se la leyó, y ella la oyó sin que casi se inmutase; antes bien al concluir aquel triste acto le dió las gracias, y luego añadió: Ya veis, pecadores, la suerte á que me hallo reducida; arrepentíos todos: y exortó al*

Escribano á que fuese buen esposo, y le dijo á-Dios.

Estando despues sentada en medio de los sacerdotes, entraron á la capilla el Capellan y Prior de la V. Congregacion de la Purísima Sangre, con dos hermanos que iban destinados á servir. "Señora Teresa" le dijo el Prior: "aquí está la Congregacion de la Purísima Sangre, que por medio de estos sus representantes se ofrece á servir á V. en todo lo que sea de su agrado. Quedarán aquí dos congregantes, á los cuales irán sucediendo otros." Y diciéndole aquellos dos hermanos que estaban allí para cumplir su obligacion, que es servir á los reos puestos en capilla hasta el patíbulo, ella les dió las gracias. Preguntada por dicho Capellan si queria ser individua de aquella Venerable Congregacion, ella contestó que se tendria por muy dichosa si querian admitirla. Y luego habló al Señor de esta manera: ¡Señor! ¡cuantos beneficios recibo de Vos! ¡Rodeada de personas que me sirven! ¡cercada de sacerdotes que me asisten para dirigirme á la glo-

ria! Dadme, Dios mio, un verdadero dolor de mis pecados, un dolor de contricion, que es el mas agradable á vuestros divinos ojos. ¡No es verdad, Padres, que este dolor es el mas agradable á Dios? preguntó á los sacerdotes con una voz que enternecia, y que iba acompañada de alguna lágrima de compuncion: y volviéndose luego al Señor, Sí, dádmelo, Dios mio, dijo, y concededme una santa muerte. Y apiadándose de los demás pecadores, y de este reino puesto en tantas angustias, Haced, Señor, dijo, sirva ella para la conversion de los pecadores, de tantos pecadores que os ofenden: y os ofrezco, Dios mio, mi muerte para que mireis con ojos compasivos á la pobre España, y cese esta guerra civil que la destruye. Pronunció esta deprecacion con el mayor fervor, de manera que se conocia que salian las palabras del fondo de su corazon. Temiendo los sacerdotes que la asistian que se cansase demasiado, juzgaron prudente interrumpirla, haciéndole alguna reflexion: y aunque la oia con mucha atencion y docilidad, pero como no pocas veces

al oírlos á ellos se enfervorizaba , de manera que continuaba por sí sola , sin necesidad de que ellos le dijese nada mas , prorrumpiendo su corazon con pungido y abrasado en fuertes y largas declamaciones, no dejó de interrumpirlos en esta ocasion , diciendo : *Este es el único alivio que halla mi corazon. He dado mal ejemplo al público con mis acciones: haced, Dios mio, que pueda edificarle con las postreras palabras de mi vida. ¡Ay de mí!* añadió despues de un breve silencio : *¡yo tan bien educada por mis padres, dirigida por un sacerdote, por un ministro de Dios, de quien recibí tan santos consejos! yo por huir la opresion en que me parecia me tenían, por considerarme esclava, consentí en casarme! ¡Ay Mosen Antonio! ¡cuan cierto ha sido lo que me decia! Teresa no te cases: mira que vas á ser infeliz. ¡Ay lugar de las Borjas! ¡cuando te habitaba era inocente.... me casé con un hombre á quien no amaba.... esta guerra civil me condujo á Lérida, á esta ciudad donde he tenido la fatal desgracia. ¡Ay Mosen Antonio! ¡Ay*

Mosen Antonio! ved, Señores si puedo ver á Mosen Antonio: idlo á buscar, quiero darle el último á-Dios. Como callasen todos, ella preguntó: ? Señores, tendré la dicha de ver á Mosen Antonio? Procuró entonces un sacerdote exórtarla á que se conformase con la voluntad de Dios, añadiéndole que si era posible lo veria.

Grillos.

Pidió despues un Crucifijo; y habiéndoselo entregado uno de los sacerdotes que lo tenia prevenido al intento, exclamó: *Santo Dios, Vos que fuísteis clavado en el santo madero por nuestro amor, para la redencion del género humano, haced, dulcísimo Jesus mio, que tenga un corazon abrasado en vuestro amor, para que no se pierda esta alma que redimisteis con vuestra preciosísima sangre. Otra gracia os pido, Dios de mi corazon: que nada de este mundo sea capaz de alejarme de Vos, y que tampoco sea yo para nadie ocasion de pecar. Y como el alcaide, que en-*

fró entonces, le dijese que era preciso ponerle grillos, exclamó ella con una especie de sorpresa, ¡ *Grillos! Son pequeños*, contestó el alcaide. Pero ella revistiéndose luego de espíritu, *No importa*, dijo: *este divino Señor, que tengo en mis manos, me dará valor para resistir esto y mucho mas.* Y verdaderamente se paseaba con ellos sin quejarse, y aun se arrodillaba con ellos, no obstante que la lastimaban bastante.

Confesion.

Preguntada por un sacerdote si tenia algun director especial, contestó que lo era el Cura Párroco de San Juan: y habiendo encargado lo llamasen, encargó tambien que se guardase entre tanto el mayor silencio, y guardó ella el mayor recogimiento, edificando á los que lo presenciaban; y como tardase algun tanto á llegar aquel su esperado director, *No puedo descansar*, dijo, *sin haber dado un repaso á mi conciencia, y haberme reconciliado otra vez con mi Dios.* Llegó finalmente el R. Cu-

ra; y habiéndole proporcionado los congregantes una silla con la correspondiente rejilla, despues de haberse postrado delante del Señor, y haber orado á él con gran fervor, se confesó: y concluido este acto de reconciliacion, se postró otra vez delante del altar, é hizo de nuevo oracion, cumpliendo regularmente la penitencia y dando gracias á Dios por el beneficio que acababa de dispensarle. Asi se portó no solo entonces, sino tambien las otras diez y siete veces que se reconcilió puesta en capilla.

Á las doce le preguntaron si queria comer: su contestacion fué, dirigiéndose á los sacerdotes, que comeria si ellos se lo mandaban: y habiéndole contestado que convenia tomase alimento, comió verdaderamente, aunque muy poco, asegurando que comia solamente para sostener las fuerzas, con que sobrellevar los trabajos que Dios le enviaba para satisfacer por sus delitos. Al ver el vaso de hoja de lata con que la daban la bebida, *Ahora veo*, dijo ella, *que es cierto lo que me contaban, de que á los que están condenados á ser ajusti-*

ciados se les dá á beber con vaso de hoja de lata para evitar el que se maten á sí mismos. ¡ Ay Dios mio ! gracias á Vos que es inútil en mí esta precaucion. Enviadme , Dios mio , penas ; todas las sufriré con gusto , si han de servir para aplacar á vuestra divina justicia. Al tiempo de beber acostumbraba decir con devocion : *Sea esta bebida un recuerdo del caliz de amargura que vos , Jesus mio , bebisteis por mí.* Otras veces decia : *Sea , Señor , esta bebida en recuerdo de la hiel y vinagre que os dieron en la Cruz.* Preguntó al fin de la comida si era verdad que á los reos cuando están en capilla se les concede todo lo que piden : y habiéndole contestado que pidiese lo que se le ofreciese , teniendo en las manos una tasa de café , *Hagan el favor , dijo , de subir esta tasa de café al preso Agustín Reixach , que es lo único que puedo darle : que me encomiende á Dios , y que tenga buen ánimo ; y espresiones á todos los presos.*

Concluida la comida , se paseó un gran rato , rezando entretanto las oraciones que tenia de costumbre. Á cosa

de las dos se acostó ; descansó poco rato , pues que á la media para las tres se le vió que rezaba aquellas devotas oraciones de la Virgen protestante , pidiendo á Jesucristo tubiese compasion de ella , concediéndole la gracia de una buena muerte. *¿ Que es el mundo ?* se preguntaba despues á sí misma , considerando su triste situacion : *¡ ah ! una nada : un momento de p'acer , despues una ansiedad , un to mento continuo Solo hay placer en la gloria , donde reina una primavera continua : allí se gosa de vos . Dios mio . ¡ Si , Dios mio ! si tanto agradan á los hombres algunos objetos del mundo . ¿ cuan agradable seréis vos á los ojos de los Bienaventurados !*

Finidos aquellos religiosos actos , leyó un libro de devocion por espacio de cosa de una hora , y se reconcilió otra vez : y paseándose despues con los sacerdotes , que le hacian algunas reflexiones santas , ella esclamó al Señor : *Derramad , dijo , Dios mio , alomenos una gota de vuestra sa gre ; esparcidla sobre mí y sobre todos los pecadores : haced que se arrepientan de todos sus pecados . = Pue-*

blo de Lérida, dijo en otra ocasión, *qué con tanta ansia esperabas la execucion de mi sentencia. ya la verás en breve: ga ves mi i felicidad. Pero ¿ que digo infelicidad?* añadió luego, como quien se arrepiente de lo que habia dicho: *yo soy dichosa, soy la mas dichosa de las mugeres. ¡ Ay! yo podia haber muerto cuando cometí aquel horrendo delito: pero vos, Dios mio, queriais salvarme. Muchos hombres padecen largos años sobre la tierra; y á mí me llamais á vuestra compañía á los veinte y tres años de edad. Pero ¡ ay Señor! ¡ quanto mejor sería el venir á vos sin haberos ofendido jamás! ¡ Cuantos beneficios! Si me hubiesen condenado á galeras. tal vez hubiera sido esto mi desgracia y condenacion eterna. Sí; Dios mio! vos lo habeis dispuesto de otro modo para mi salvacion. ¡ Oh Dios de amor! dadme un corazon contrito, haciéndolo que me pase una y mil veces de haberos ofendido. Todos mis clamores se dirijen á vos, Dios mio, para que tengais compasion de mi alma.*

A las cuatro acosada de la sed pidió

un vaso de agua; y diciéndole que sería mejor la tomase mezclada con vinagre y azucar, ella contestó que ningun regalo quería de este mundo: la tomó no obstante; y volviéndose al Señor, le dijo con una santa admiracion: *¡ Este tan dulce!* ¡ y vos lo bebisteis tan amargo! Asi habló, despues de haber gustado un pequeño sorbo. Pasado un rato, habiéndole preguntado si queria tomar chocolate. *Nada quiero*, contestó: *¡ porque tratan de regalarme tanto?* Acudiendo á los sacerdotes, que le instaban la tomase, pues así le convenia, la tomó en fin á las cinco. Paseó despues un rato; leyó otra vez un libro de devocion, rezó algunas oraciones y el rosario. Y despues de un rato de respiro se volvió el Señor agradecida á sus favores, y deseosa de testificarle siempre mas su doloroso amor, y le dijo: *Vos, Dios mio, me criásteis de la nada, y me disteis el ser: yo no puedo vivir sin vos, Dios de mi corazon. Como me he atrevido á ofenderos tanto, sabiendo cuan gran mal es el pecado. y quanto lo aborrecéis? ¡ Dios amoroso! clavad*

en mi corazon la corona de espinas que clavaron los judios en vuestra sacratissima cabeza: fijad en él no una sola espina, sino todas las de vuestra corona, y aun muchas mas. Ah! hacel peazos de mi corazon de dolor de haberos ofendido. Asi habiaba escapándosele entretanto algunas lágrimas, pero tiernas y dulces, que procuraba enjugar. Concededme. Salvador mio, esta gracia; añadió, os la pido con el mas vivo dolor: y si no es bastante este. Dios mio, aumentadlo vos. ¡Oh Dios de bondad! desfallezca, muera en este instante penetrada de vuestro amor. Lloró uvas cinco veces en todo el tiempo que estuvo en capilla; pero sus lágrimas hijas eran, no del horror á la muerte, que veia tan cerca, sino del arrepentimiento que tenia de haber ofendido á su Dios.

Como advirtiese que se daban providencias para que algunos sacerdotes celebrasen misa en la capilla en los dias siguientes, dijo con una especie de contento y admiracion: ¿Tambien habrá misas? y luego agradecida dijo al Señor: Vos ¡Dios mio! me llenais de be-

neficios: ningun preso ha recibido tantos de vos como esta infeliz pecadora. Yo no solo logré que me confesasen en la cárcel, sino aun, contra la costumbre, obtuve licencia de la justicia para recibir en esta misma capilla vuestro sagrado cuerpo. Haced, ¡Dios mio! que no me haga indigna de tantos beneficios. A cosa de las siete menos cuarto, conmovida de una santa impaciencia de unirse con Dios, esclamó: ¡Ay horas! ¡ay cuartos! ¡ay minutos! ¿como no volais? llegue aquella hora en que debo unirme á vos. Dios mio. Virgen santissima... Aquí paró preguntando si habia alguna imagen de aquella soberana Señora: y como uno de los hermanos de la Purísima Sangre le advirtiese que habia una de piedra al lado del altar, cosa que ella no habia advertido, levantando su corazon de la imagen á la que ella figuraba, invocó luego el patrocinio de la Madre de Dios, y le dijo: Madre y abogada mia, acogedme bajo vuestro manto y poderosa proteccion. Dadme, Señora, vuestra mano, y presentadme delante de vuestro Hijo para-

que no mirando mis pecados, sino vuestra proteccion, pueda disfrutar de vuestra compañía en la gloria. Y poco despues añadió: No es extraño que los Mártires sufriesen con tanta resignacion los tormentos, sin temer el martirio, ni la muerte, pues que estaban abrasados en el divino amor, anhelando llegar á la gloria, que esperaban, y que les parecia estar ya viendo. Y luego añadió tambien: Haced, Dios mio, que estos pequeños trabajos me sirvan para conseguir la gloria tan deseada. Haced que á imitacion de los santos Mártires sufra con resignacion los tormentos que me esperan; no solo estos, sino todos los que vuestra divina Majestad quiera enviarme. Vengan, Señor, penas sobre mí. Partid mi corazón con vuestra lanza; clavadme con vuestros clavos. Venga la hora de mi muerte. Dios mio: corran las horas, vuelen los momentos; pueda yo gozarme en la patria celestial. Estas deprecaciones y otras semejantes repitió algunas veces, y abultarian demasiado este escrito, si habian de repetirse tambien en él,

Despues de una cena muy ligera, que tomó á las ocho y cuarto, paseó otra vez, y repitió algunas oraciones; y pensando despues en la triste noche, que iba llegando, exclamó: ¡Cuan larga ha de ser esta noche, Dios mio! y diciéndole un sacerdote que podia sacar de ella mucha utilidad, pasándola con resignacion y paciencia, y que en fin los momentos eran críticos, ella exclamó: ¡Ay Padre! ¡cuanto penetra esta palabra mi corazón! Y luego volviéndose al Señor, á aquel Padre de misericordia que era todo su consuelo, asomándosele de nuevo las lágrimas á los ojos, ¡Criador mio! le dijo con la mayor reverencia: siempre he tenido presente ante mis ojos vuestra infinita misericordia; y cuando considero las mercedes de que me habeis colmado, no puede menos mi corazón de llenarse de confianza en vuestra bondad paternal. Esta confianza, junto con el dolor de haveros ofendido, os inclinará, Divino Señor, á que useis conmigo de vuestra misericordia. Si ¡Dios mio! admitidme en vuestra presencia: todo lo

espero de vos. todo de vuestro amor. Si,
 ¡mi Redntor vos supiere los defectos
 de mi alma, y mis lamentos llegá-
 ran á vos ¡oh amado de mi corazón!
 á vos que sois padre de pecadores. Pe-
 qué. Padre amoroso; me pesa de ha-
 beros ofendido. confieso mis culpas postra-
 da á vuestros pies. ¡Gran Dios! veisme
 aquí en est. santa capilla: vos me óis
 desde lo alto del cielo yo infel. z peca-
 dorá clamo á vos en esta triste soledad.
 ¡Solitud. no soledad: que dich. soy la mas
 acompañada de los pecadores: estos vuestros
 ministros me acompañarán hasta
 dejarme en vuestros divinos brazos. ¡No
 es así, Padres, les preguntó. que no
 me desamparán en este mundo? y
 ellos le contestaron, accediendo á sus
 deseos, y á lo que dictaba la caridad
 y su ministerio, que realmente la
 acompañarían hasta el suplicio.

Instándola á las diez y cuarto que
 se acostase. ¡Ay que poco dormiré!
 dijo ella; y haciéndole presente que
 al menos podia descansar, Pocos des-
 cansos, dijo, quiero en este mundo. Se
 confesó otra vez, empleando en ello

mas de media hora; y tomado un
 poco de retasa, se acostó, y durmió
 desde las once hasta las tres.

Domingo segundo dia de capilla.

Al despertarse á las tres del dia vein-
 te y cinco, dia segundo de capilla,
 arrojó un suspiro que parecia salirle del
 fondo del corazón; y la gente levanta-
 da se puso de rodillas delante del altar,
 é hizo allí sus devociones. Pero so-
 bre todo, ¡cuan devotamente oyó las
 tres misas que se celebraron en aque-
 lla capilla! puede decirse que su mo-
 desta y devota postura edificaba á los
 circunstantes. Estubo gran parte de las
 misas arrodillada, y esto no obstante
 que tenia puestos los grillos, los cuales
 no podian dejar de mortificarla. No
 contenta con haber asistido primera,
 segunda y tercera vez á este acto sa-
 crosanto, leyó por espacio de media
 hora algunas oraciones de un libro su-
 yo; rezó el santo rosario, y alguna otra
 oracion de las que acostumbraba: no
 se olvidó de pedir otra vez á Jesucris-

to se apiadase de ella con aquellas oraciones de la Virgen protestante, y se acercó otra vez al tribunal de la penitencia, empleando en esta reconciliación con su Dios tres cuartos de hora. Exórtándola despues los sacerdotes, diciéndole entre otras cosas que tuviese ánimo, ella les contestó: *Confío no me faltará valor para sufrir la muerte que me aguarda, ayudada de aquel Divino Señor; y volviéndose á el, conservadme, Dios mio, le dijo, las fuerzas para sufrir con resignacion los trabajos que se me esperan: haced, Señor, que no desfallezca mi espíritu.*

A cosa de las seis y media, despues de haberse lavado, tomó el chocolate; y como le preguntase un sacerdote recién llegado si habia descansado aquella noche, Padre, le contestó, *poco he descansado: mi descanso confío será mañana en la patria celestial.* Y al cabo de un rato, dirigiéndose de nuevo al Señor, Yo os amo, ¡Dios mio! le dijo; *¿que os podré decir para explicaros mi amor? Yo que estoy tan convencida del mucho amor que tenais á los hombres,*

*¿tan particularmente á mi misma, ¿como podré manifestar mi amor, sino sufriendo con resignacion mis trabajos? Si, ayudada de vos yo sufriré con gusto mi muerte, y si fuese posible, mil muertes, por vuestro amor, para ser digna de vos, Dios mio, que sois todo amable, todo amor. Si la menor de vuestras gracias vale mas que todos los tesoros de la tierra. Probuenció estb con tanto fervor, que los sacerdotes juzgaron prudente interrumpirla y hacerla descansar: pero ella les dijo: Si no procuro alcanzar el perdon ahora que tengo tiempo ¿cuando lo procuraré? ¿cuando le pediré perdon y le manifestaré mi amor, si no lo hago ahora? Y despues de haberla exórtado otra vez uno de los sacerdotes, ¡Ay santa capilla! dijo; *¿quanto horror me causa te al bajar aquí la primera vez! pero ¡que alegría me causas ahora, viendo que aquí mismo est y puesta entre sacerdotes que me dirigirán hasta mi muerte por el camino de la salvación!**

Rasgo de humanidad del oficial de la guardia.

Reparando el caballero oficial que estaba de guardia, que tenia lastimados los pies, creyendo que esto provenia de que se los lastimaban los grillos, como en efecto era así; no obstante que ella los sufría con tanta paciencia, que ni la menor quijá se le oyó sobre el particular, movido á compasión su interior, quiso practicar con ella un acto de humanidad digno sin duda de gratitud y alabanza: á saber, mandó quitarlos, diciendo que él quedaba responsable de ella; y que le parecia que redoblando su vigilancia, y no apartándose de su vista, podia hacer este beneficio á la humanidad sin faltar á su deber: acto caritativo que procuró agradecer ella como era debido. Al quererlos quitar manifestaba ella alguna resistencia, y decia: *¿Porque me los quitan? no importa que me hagan padecer: mas padeció por mí Jesucristo. Estos grillos son para mí delicias.* Insistiendo no obstante el oficial y los sa-

cerdotes, lograron persuadirla, y se los dejó quitar. Pero al presentarse su director, como si le quedase algun escrúpulo sobre si habia obrado bien, *Le pido á V. le dijo, como á director que es de mi alma, me diga su parecer, si debo volver á pedirlos; pues no solamente estoy pronta á sufrir aquellos, sino otros mas pesados, pues que es poco el castigo que me dan en comparacion de los delitos que he cometido. Dígame, Padre mio, ¿he hecho bien en dejármelos quitar? Si no ha de ser agradable á Dios, pediré los grillos, pediré mil suplicios, antes de recibir el último golpe.* Al decir entonees á su director que le habian quitado los grillos, no se olvidó de decirle, como en señal de agradecimiento, que esta gracia la habia recibido del caballero oficial.

Despues de una larga exortacion en que el director puso en su lengua afectuosas jaculatorias, ella continuó diciendo: *¿Que gracias os debo dar, Dios mio! Vos me haceis disfrutar de apreciables consuelos en esta santu capi-*

Va: habeis dispuesto que me quitasen los grillos para aliviar mis penas. Nada de gustos, nada de satisfacciones en esta vida. Ocupad, Dios mio, en mi corazon el lugar que en él ocuparon algun tiempo las cosas de la tierra.

Deseosa de manifestar su gratitud al caballero oficial, y de pedirle otro favor, lo llamó, y al estar él á su presencia, le dijo: *Señor Oficial, le doy á V. las gracias de los favores que he recibido de V. Un favor voy á pedirle: y es que no me deje hasta el suplicio. Pádaselo V. al señor gobernador; déle expresiones, añadiéndole me conceda esta gracia que le pide esta infeliz, que ya ninguna otra le pedirá en su vida. Hágalo V.: yo se lo agradeceré, y Dios se lo pagará.* Y los soldados que componian la guardia, prendados de la virtud que veian en ella, y deseosos de recoger sus postreras palabras, solicitaron continuar este servicio en caso que el caballero oficial no fuese relevado; y así lo lograron, con no poca satisfaccion suya.

A cosa de las nueve y cuarto se dirigió otra vez al Señor, y habló de es-

ta manera: *Matiana á las diez debe ejecutarse la sentencia de mi muerte. Á las once confio que ya estaré en vuestra compañía: dáme, Señor, fortaleza para sufrir los trabajos que se me esperan. Yo os pedí, Dios mio, siempre desde que entre á la cárcel, lo que fuese conveniente á mi salvacion y á vuestra gloria: vengan, Dios mio, trabajos, vengan penas, venga esa muerte afrentosa que me espera. Y pensando que los animales de que hablaba la sentencia, la culebra, el perro, el gallo y la mona, serian realmente vivos, dijo tambien: *Vengan estos animales que han de poner en aquella cuba, segun han leído en la sentencia.... bien presente lo tengo.... despedacen en vida mis carnes, así como lo han de hacer despues de mi muerte, que todo lo sufriré con el mayor gusto, si vos me dáis fortaleza: sea toao para alcanzar el perdon de mis pecados.**

Sustancia de la carta de Mosen Portella.

Serian las diez, cuando, precedi-

das las licencias y formalidades necesarias, recibió una carta de D. Antonio Portella, el sacerdote que habia cuidado de ella en los dias de su vida inocente, en la que, entre otras cosas, recordándole que la apreciaba en Jesucristo, y que con vivas veras deseaba su salvacion, la exortaba á esperar en aquel buen Padre, el cual nunca desprecia un corazon contrito y humillado, y á aprovechar el poco tiempo que le quedaba, de manera que lo dedicase todo esclusivamente al negocio de la salvacion de su alma. Le prevenia al mismo tiempo que cuando seria conducida al patibulo, su actitud y sus acciones fuesen del todo edificantes, teniendo siempre fija la vista al Crucifijo, de manera que pudiese decir el público que si la habia conocido culpable y criminal, la veia tambien espíandose arrepentida y resignada á la voluntad de Dios. La exortaba en fin á que rogase cuando se hallaria en la gloria por su madre y hermanos, y por los que tenian la caridad de auxiliarla, y tambien por él mismo, que no se ol-

vidaria de rogar por ella. Le añadía al mismo tiempo que era su consuelo la esperanza que tenia de que moria con la muerte del justo; así como esperaba mitigar en parte el excesivo dolor de su madre, (á quien no olvidaria en sus necesidades,) diciéndola que habia muerto amando á Dios y á ella. Recibió ella con aprecio dicha carta; la leyó primera y segunda vez, quedando muy aconsolada al leer aquellos avisos, tan al caso atendida la triste situacion en que se hallaba.

No ignoraba Teresa que despues de Jesucristo todo su apoyo lo habia de hallar en la santísima Virgen, á quien con tanta razon aclama la Iglesia *Auxilio de los pecadores y Consoladora de los afligidos*: y por lo mismo tomó en sus manos una devota novena, que concluyó á las ocho del dia siguiente, con la cual invocó el patrocinio de aquella divina Señora, eligiéndola por madre suya, é invocándola como á Reina, como á Maestra, Abogada, Bienhechora, Libertadora, Defensora, Consoladora, y en fin como á Madre de

misericordia, con aquellas tiernas y devotas oraciones que se leen en el *Devoto de María* del Padre Sérieri, acompañadas de un acto de contrición, y de otras oraciones muy á propósito para pedir y lograr su patrocinio: solo dos horas y media mediaron desde que la concluyó hasta que dió su alma al Criador. Concluida la parte de novena que correspondia al primer dia, se empleó un rato en la lectura espiritual; se confesó otra vez, y rezó algunas otras oraciones, pidiendo la gracia de una buena muerte. Como se acercaba el medio dia, le preguntaron que queria para comer; y atendiendo al poco apetito que manifestaba, se le propuso si le gustaria algun postre, especialmente algun dulce; pero ella contestó que ya no queria ningun dulce de este mundo. Despues de su ligera comida, que fué á un cuarto para la una, y de haber dado gracias á Dios, se paseó un rato, rezando entre tanto una parte del santo rosario, que ofreció en sufragio del alma de su esposo: siendo de advertir que siempre que se paseaba, acosa-

tumbraba rezar alguna oracion, guardando entre tanto una modestia tan ejemplar, que ni miraba á los que estaban allí cerca observándola, ni ellos le servian de distraccion, segun dijo ella misma. Compadecida de ella uno de los sacerdotes, para que no se cansase tanto, se le ofreció á ayudarla en el rezo de aquel rosario, pues se habria cansado menos alternando los dos: pero ella rehusó con buen modo este lenitivo.

Carta á su hermana.

Despues de un breve rato que estubo acostada probando si podia descansar, obtenido el correspondiente permiso escribió una carta á su hermana, ya para despedirse de ella y de los hermanos, y ya con especialidad para encomendarles cuidasen como debian de su madre, y la amasen con el debido amor. Estas son sus mismas palabras, escritas en este mismo idioma y copiadas al pié de la letra: = Lérida hoy 25 de Agosto de 1839. = Mi querida idolatrada hermana de mi corazon: desde

esta capilla donde estoy collocada para que desde aquí iré á morir, ya es hora hermana mia de decirte á Dios: este es el encargo, querida hermana, que te hago desde esta capilla, y delante de este Dios que me ha de juzgar dentro pocas horas. Este encargo es que al momento que recibirás esta carta inmediatamente vayas á donde está nuestra idolatrada madre, y la estreches entre tus brazos, y dale un beso de mi parte, y concidera que sola tu puedes darle consuelo: ya no queda otra que tu y mis queridos hermanos. Si hermanos mjos, solo vosotros la podeis consolar diciéndole: ea querida madre, ya que nuestra difunta hermana, la que tanto vos amabais, nos encarga que la amemos hasta la muerte; no os dejaremos, no madre de nuestro corazon. Asi os lo encargo hermanos mios, no dejeis la madre porque los hijos que no aman á sus padres, no son amados de Dios. Hermana mia, á ti te dirigo la carta como mayor, da parte á mis hermanos de mi muerte feliz. Lo que te encargo hermana mia, es de que

leyendo mis letras no tomes sofocacion alguna, y no te tengas por desgraciada de tener una hermana en el cielo. Ya es hora hermana mia, de decirte á Dios hermana, aplica aqui tus labios, yo aplico los mios, y este es el último á Dios. Vuestra dichosa hermana que os ama hasta la muerte = Teresa Guix. = P. D. Darás querida hermana finas espresiones á tu querido esposo: dile que ame á la madre como hijo y en la eternidad os espero: yo rogaré á Dios por vosotros. Á Dios Madre y hermanos, á Dios cuñados, y amigos, á Dios mundo engañador, que de todos me despido, á Dios, este es el último á Dios = La mas dichosa = Teresa Guix = Asi dictó y escribió por su propio puño, y á presencia de los que se hallaban en la capilla, nuestra Teresa. ¡Que serenidad! ¿Quien diria que á las diez del dia siguiente debia salir de la capilla y presentarse al patíbulo para sufrir la muerte?

Carta á Mosen Portella.

Dichosa se llamó ella misma en es-

ta ocasion, prueba de la esperanza que tenia de que su muerte seria preciosa en la presencia del Señor; y esta misma esperanza le haria olvidar entonces el rubor que naturalmente debia causarle el morir en un patíbulo. Pero este mismo rubor tendria especialmente presente cuando al escribir puesta aun en la cárcel al mencionado sacerdote, se firmó *la mas desventurada*. Deseosa de despedirse de él, y de encomendarle su madre y hermanos, habia escrito en la cárcel una carta como que la escribiese al pié del cadalso, sin duda para así mover mas su corazon á favor de la madre, encomendándosela como encomendó Jesucristo la suya á San Juan; y esta misma idea de que la escribia en el cadalso de una parte, y de otra el deseo de escitar mas á compasion á aquel sacerdote, que dócil á la voz de su moribundo padre le habia dispensado á ella y á toda la familia varios favores, esto la escitaria á firmarse *desventurada*. Estas son las palabras con que está concebida la carta, que por encargo que hizo al alcayde al salir de la

cárcel para la capilla, fué entregada depues de su muerte á dicho señor. = Con el mas vivo dolor y sentimiento querido padre, sí, Padre puedo yo llamarle Señor Mosen Antonio, ya ha llegado el terrible momento ya el fin de mis dias; ya la hora de dar cuenta al Juez misericordioso; ya es hora de decirle á Dios, ya es hora de encomendar á V. mi idolatrada Madre y todos mis hermanos; pero á mi madre se la recomiendo lo mismo que el Señor recomendó á San Juan su madre puesta el pié de la Cruz, yo desde el pié del cadalso, y desde ese cadalso yo pido á todos perdon, á Dios. Todo lo mio dejo dueño á mi madre: á Dios madre de mi corazon, á Dios hermanos míos, á Dios parientes y amigos á Dios todos los que me quieren mal, y perdono á todos los amigos y enemigos. Dios os guarde de mi desgracia, yo la mas desventurada de las mugeres. Recuérdase de mi en sus oraciones; que yo voy á gozar de la gloria, la que deseo para V. y toda mi familia. Firma la mas desventu-

rada Teresa Guix. = Si esta carta no se puede llamar una prueba tan auténtica como la otra de su serenidad, por no ser escrita en capilla, no puede negarse alomenos que es una prueba clara del amor con que amaba á su madre, á quien tenia tan presente entre los horrores de la cárcel.

Concluida la carta á su hermana, que leyeron allí mismo los sacerdotes que se hallaban con ella, como tambien el oficial de la guardia, se acostó otro rato, y pareció á los circunstantes como si dijese que le parecia ver á la santísima Virgen que la tomaba de la mano, y que la conducia á la presencia de su divino Hijo; pero esto no lo aseguramos de positivo. Al levantarse se confesó otra vez. Concluido este acto, oyó mientras se paseaba algunas reflexiones que le hacia uno de los sacerdotes: y entre tanto, *Pareceme*, dijo, *que siento una alegría interior, acompañada de un vivo dolor de haber ofendido á Dios.* Y clamando á este Señor de nuevo á la media para las cuatro, postrada de rodillas, le dijo:

*Ayudadme, Dios mio, ayudadme en estos postreros momentos. ¡Ay que fuera de mi alma sin vos! ¡Que fuera de todos los desgraciados sino existié-
seis vos en la gloria con los brazos abiertos para recibirlos, para consolarlos! ¡Y aun habrá, Dios mio, quien os niegue á vos? Vengan aquí estos infelices que dicen que no hay Dios; que vengan, que yo les probaré lo contrario. ¡Oh si conocieran estos, Dios mio, la necesidad que tiene un infeliz de vuestro divino consuelo! ¡oh si experimentasen la ternura que siente un corazon que llora arrepentido!
¡Y quien la puede comunicar, Dios mio, sino vos? Un desgraciado de este mundo moriria rabiando si no podia acudir á vos ¡oh Dios mio, toda bondad!... Av del impio! ¡á quien acudirá en el dia de una amarga tribulacion, si le falta el consuelo de nuestra Religion santa? si no cree en vos, que sois el consolador de los afligidos y el amparo de los desgraciados? Así habló con un fervor singular, volviéndose entretanto á la puer-*

ta de la capilla, donde habia muchos que la estaban viendo. Se levantó, se echó á llorar, y arrancó lágrimas á no pocos de los circunstantes; abrazó los pies del Crucifijo grande que hay en la capilla, los besó con ternura, y habló de nuevo al Señor: ; *Dios mio! vos estais aquí para consolarme: vos me compensareis, obligado de vuestra bondad, estos pequeños trabajos que estoy padeciendo. Vos, Jesus mio, me estais esperando con los brazos abiertos para recibirme en la gloria, en aquel lugar de delicias, donde se vive para amaros.* Esta era su confianza: esta la animaba, y la hacia descansar tranquila en los brazos de la divina misericordia.

Despidos de una tia:

No quiso partir de este mundo sin despedirse tambien de algunas otras personas que le merecian atencion. Una tia suya fué la primera. Seria antes de las cinco cuando preguntó por ella á uno de los hermanos de la Congrega-

cion de la Purísima Sangre que le estaban sirviendo. Dijo á uno de los clérigos que deseaba ver, si era posible, una tia suya; y hechas las diligencias, se logró lo que deseaba. Aquel congregante habia sido algun tiempo vecino suyo y conocido; con todo lo disimuló ella, hasta que preguntada por las señas de aquella tia, no viniéndose en conocimiento de quien era, le fué preciso decir que vivia delante la casa del tal congregante; el cual creyéndose obligado á romper el silencio que estaba guardando, dijo que bien la conocia, y entonces le pidió ella por Dios que le hiciese la caridad de ir á buscarla. Acudió en breve su tia, pero llorosa, como era regular. Mas no lloraba ella; antes bien despues de haberla salduado y preguntado por su bien estar, como la tia le preguntase tambien como lo pasaba ella, *Yo muy bien,* le dijo con la sonrisa en los labios: y le añadió: *Os veo muy trastornada; no os aflijais, Tia mia; ; no veis euan animosa estoy?* y le dió un abrazo. Y luego quitándose el delantal, y

poniéndoselo á ella, le dijo al mismo tiempo: *Tomad ese delantal, ponéoslo; y cuando lo lleveis acordáos de mí. Sea esta prenda en recompensa de los muchos favores que he recibido de vos. Acordáos de mí en vuestras oraciones. Ireis á la cárcel, y peáreis por el alcaide; este os entregará un cestillo: hay en él unas basquiñas oscuras; las remitireis á mi madre, y decidle que las podrá llevar este año de luto: hay también varias cosas, dijo, nombrándolas todas, y unas medias que están marcadas con mi nombre; ponéoslas, también os las doy. Le dió un nuevo abrazo, y concluyó: A-Dios, tia mia; consolad á mi madre, á mi desventurada madre: Decidla que no se averguence de mi muerte: lo que sí podría causarle pena, sería si su hija se condenase.*

Concluido el tierno despido de su tia, se dirigió de nuevo á la Santísima Vírgen. Continuó la novena; y despues invocando su patrocínio, le dijo: *Vírgen santísima, madre de los pecadores, estended sobre mí vuestro*

mantó; acogedme bajo vuestra poderosa proteccion. Presentadme, Vírgen santísima, al trono de Dios, para que mirando vuestros méritos, no atienda á mis pecados. Clamó también á los santos Angeles, y les dijo: Angeles del cielo, que estais en compañía de vuestro Dios, sed mis intercesores. San Miguel, glorioso Príncipe de los Angeles, y vos Angel de mi guarda, desembaynad vuestra espada, y estad siempre á mi lado, para que el maligno espíritu no pierda mi alma.... ayúdame en estos terribles momentos en que el maligno espíritu está mas apercibido para tentarme, ahora que procurará aprovechar los últimos instantes de mi vida; no me desampareis, Angeles santos, hasta dejarme en los brazos de Dios.

De la muger del alcaide:

Poco despues de haber tomado chocolate, llamó á la muger del alcaide, para despedirse también de ella. ¿Como va Teresa? le preguntó aquella mu-

ger al entrar á la capilla, y muy bien contestó, señora Mariana; y le preguntó tambien á ella por su bien estar: y agradecida á los favores que le habia dispensado la alcaydesa, ¡Ay señora Mariana! le dijo, ¿como te pagaré los muchos favores que tengo recibidos de V.? ¿Cuántas veces se acordará de mí al ver algunas cosillas que le he trabajado estando en la cárcel? dirá, esto lo hizo aquella infeliz. Pero no, Señora Mariana, no soy infeliz: gracias al Señor, tengo bastante resignacion: Dios me concede el valor necesario para sufrir las penas que me aguardan, para gozar despues de la patria celestial, donde rogaré á Dios por V. Señora Mariana. Dará espresiones á todas las presas, y les dirá que no se descuyden de rezar todos los dias el rosario delante el santo Crucifijo que les he dejado para memoria de mí, como se decia cuando yo estaba, y que recen un padre nuestro por mí, A-Dios señora Mariana: á-Dios.

— Á las seis rezó el rosario que se lla-

ma de la buena muerte, el mismo que se lee en las obras del P. Arbiol, y adoró las llagas sacratísimas de N. S. Jesucristo, rezando en la adoracion de cada una de ellas una devota oracion al intento, á mas del padre-nuestro y ave Maria. Concluido este acto de religion, notó mientras estaba pasándose que estaban corridas las cortinas, y que así todos los que estaban fuera, podian verla mas facilmente. No dejó esto de causarle algun escrúpulo, temerosa tal vez de que no le fuese ocasion de verse en alguna tentacion de vanidad; y por lo mismo consultó con su director si habia algun inconveniente en que las cortinas estuviesen de aquella manera, y que la gente la viese: y preguntándole él si aquello la distraia; No Señor, respondió, porque no miro á nadie, ni veo á nadie; los que me vean, que tomen escarmiento de esta infeliz pecadora, que consideren el estado tan infeliz en que me hallo.

De la Simona:

— Quiso despedirse tambien de una mu-

ger llamada Simona . la cual se hallaba embarazada , y al mismo tiempo darle las gracias por algunos beneficios que habia recibido de ella ; y llamada á las siete de la noche, *A-Dios Simona*, le dijo ; *¿ como estas ?* y preguntada como estaba ella por dicha Simona, *Bien*, le constestó ; y luego le dijo : *No estés triste ; ya ves que yo, gracias á-Dios, estoy tranquila. A-Dios, amiga. Sí, amiga : tu no me has abandonado ni en la cárcel, ni en el hospital. Te doy las gracias de los muchos favores que me has hecho. Yo debia ser madrina del fruto bendito, de tu vientre : (sin duda queria decir del fruto de bendicion :) Dios no quiere que lo sea : Vos, Dios mio, recibid esta criatura.* Le dió un abrazo, y le dijo : *A-Dios*, dejando admirados y enternecidos á los que lo presenciaban.

¡ Que tiernas y penetrantes las expresiones en que prorumpió despues de los antecedentes despidos ! su corazon hablaba no menos que sus labios. Despues de haberse dirigido á Dios re-

conociéndole por el verdadero y fiel amigo que no la habia desamparado en sus apuros, se dirigió con especialidad á sus suegros, y tambien á su madre, despidiéndose de ellos, y pidiendo á todos perdon. Estas son sus palabras, proferidas ya al pié del Crucifijo, ya paseándose, siempre con una serenidad que admiraba, con una ternura que conmovia, y con una espresion que decia mas que las palabras : no puede pintarla facilmente la pluma. *Ya me despedido de mis amigos*, dijo : *á-Dios, amigos y amigas : á-Dios, todos, hasta los que me habeis abandonado en la adversidad. Ya no me queda mas que pensar en vos, Dios mio, vos que habeis sido mi amigo verdadero. Sí Dios mio ! vos no habeis hecho como algunos del mundo ; no me habeis abandonado en la cárcel, ni en el hospital. ¡ Que hubiera sido de mí ! Dios mio ! si no me hubiéseis consolado en esta esclavitud ! Cuando yo desgraciada estaba en libertad, no os conocia, Dios mio ; por esto os ofendia : aquí he empezado á conoceros : ¡ ojalá siempre*

os hubiera conocido como ahora! no os hubiera ofendido tanto, y no me veria en este lugar. *A-Dios, amigos y enemigos; á-Dios, todo el mundo; tomad todos experiencia de mí. Casados, estad contentos con las esposas que os ha señalado Dios: Amigas, caras hermosas de esta ciudad, no os dejéis seducir por los alhagos de los hombres. A-Dios, suegros míos, á-Dios: perdonad á vuestra desgraciada nuera; perdonadme lo mucho que os ha ofendido: tenedme presente en vuestras oraciones.* Las lágrimas se le escapaban de los ojos cuando así se producía por los labios su corazón compungido. *Vos, Suegro mio, añadió, que sois tan buen hombre, rogad por vuestra hija, por la hija que tanto amábais. Vos, Suegra mia, que haceis dos ayunos cada semana, vos que me amábais tanto, que era yo el ídolo de vuestro corazón, á-Dios: perdonadme, rogad á Dios por mí; yo también rogaré por vos delante del Eterno Padre: Allí tendreis á vuestro hijo y á vuestra nuera, (así lo confío,) que intercederán por*

vos. Vosotros, cuñados, no deseis mi muerte: ya estoy cerca de ella; no tardará á llegar esta hora terrible; compadecéos de mí, ya veis mi aflicción: perdonadme, os pido, al pie de esta Cruz. Así hablaba, besando entretanto tiernamente los pies del Crucifijo de la capilla. Cuñados, perdonad á esta infeliz; y vos, madre mia, á-Dios, á-Dios: no os avergonceis de saber que muero en un cadalso: lo que debería afrentaros, sería si yo me condenase: pero ahora debeis alegraros de tener vuestra hija en el camino de la gloria, donde rogará por vos... Es imposible dar una idea de la serenidad y alegría interior que cuando se despedía se dejaba percibir en esta mujer singular. No obstante que estaba tan cerca de la muerte, tenía el mismo metal de voz, al cual acompañaba no pocas veces una agradable sonrisa, un aire risueño, que dejaba pasmados á los que la veían. ¡Cuan pocas veces se deja ver cosa semejante! Aun en otras ocasiones ¡que cuadro tan interesante y sublime! Cuando se le presentaba algu-

na de sus amigas, ó bien fuese conocida, manifestándose sabedora de su estado, y compadeciéndose por lo mismo de ella, porque gemia bajo el peso del infortunio, en su lánguido semblante aparecía, digámoslo así, el combate de la desgracia con la resignacion: dejábase entrever en sus ojos algun afecto de ternura, que ella procuraba reprimir; y como si olvidára por algun momento la muerte que debía sufrir, respiraba menos angustiada, respondía con dulzura, asomándose tambieu á sus labios la sonrisa, y casi daba á comprender en todas sus palabras que su existencia le importaba ya muy poco.

Animándola un sacerdote á que tomase alimento durante la cena, que fué á las ocho y media, le decia á este fin que tubiese buen ánimo, que no se aflijiese; y ella le contestó: *¿Como puedo aflijirme si voy á dejar este mundo, que es un corral de vacas, para gozar de la morada de Dios?* Concluida la cena, *Ya he cenado la última vez de mi vida*, dijo hablando consigo misma, á presencia de los sacerdo-

tes y oyéndola los espectadores; y volviéndose al Señor, *Sí, Dios mio*, le dijo: *esta es la última cena; haced, Jesus mio, que sea como la última que comísteis con los Apóstoles. Haced que yo salga de esta mi postrera cena una muger virtuosa. Infundid en mi alma, Dios mio, valor y fortaleza, para sufrir con paciencia los trabajos, y la muerte que he de sufrir mañana. Haced, Dios mio, que mi corazon esté confortado en la agonía que voy á sufrir esta noche... ¡Agonía Dios mio!... ¡Que noche! noche terrible! Amparadme, Señor, esta noche, esta noche que tanto necesito de vos. No me desampareis, Dios mio, en esta noche de agonía.... Ya veis, Dios mio, la necesidad que tengo de vos en estos tristes momentos en que el demonio redobla sus esfuerzos para perderme... Pero sí, Dios mio, vos me amparareis. Vos no me habeis dejado jamás; menos lo hareis en estos terribles momentos en que solo puedo recurrir á vos... Tal vez á impulsos de su humildad, no reparó en decir á Dios que habia*

sido otra María Egypciaca, otra Margarita de Cortona. Yo, Dios mio, añadí con confianza, yo os habia ofendido; lo confieso: yo he sido la oveja descarriada de vuestro rebaño; pero vos, Dios mio, me habeis vuelto á él. Haced, Señor, que jamás me aparte de él; mantenedme constantemente en él por medio de un vivo dolor de haber pecado. ¡Ay Señor! yo he sido qual otro hijo pródigo; yo huí de vos, Padre amoroso: yo desperdicié el patrimonio de vuestra gracia que recibí en el Bautismo: yo lo heché á perder engañada de las locuras y vanidades de un mundo engañador: yo me ví al fin reducida á un estado el mas infeliz: un hospital, una cárcel, esta capilla de ajusticiados... ¡ay! Pero gracias á vos, Dios mio, que en la misma cárcel me hicisteis conocer el estado infeliz de mi pobre alma. Yo clamé como aquel hijo por el perdon de mis pecados: yo me humillé, y vos me habeis perdonado. Sí, ¡Dios mio! vos que salís- teis al encuentro de aquel hijo indigno, que lo abrazásteis, que lo reci-

histeis amoroso en vuestra casa, y le perdonásteis su horrible ingratitude; sí, Dios mio, yo confío que tambien me habeis perdonado á mí, que me habeis admitido otra vez en vuestra casa. No permitais, no, Dios mio, que yo me aparte mas de vuestro rebaño. Usad conmigo siempre mas de vuestra misericordia. Admitidme mañana en la morada de la gloria. Acordáos, Señor, que la gloria está llena de pecadores: admitid tambien en ella á esta pecadora; sí, tal fui, pero que gracias á vos estoy ya arrepentida.

Siguiendo la laudable costumbre que tenia, rezó despues una parte del rosario y algunas otras oraciones. Se confesó de nuevo y á las diez se acostó, encargando con buen modo á los muchos que, á pesar de ser tan tarde, estaban agolpados allí, que hiciesen la caridad de guardar silencio. Dormia tranquilamente, olvidada sin duda de su lastimosa situacion, sin acordarse de que se hallaba en la vigilia de su muerte, cuando á las once y media la despertaron á fin de que tomase un poco de alimen-

to, y que pudiese llegar en ayunas á la hora de recibir á la mañana siguiente la sagrada comunión.

Lunes último dia.

Al levantarse á las tres del dia siguiente, último dia de su vida entre los hombres, dia de comparecer al tribunal de Dios, y de darle cuenta de ella, deseosa de recibir al Señor aquella última vez con el aseo que le fuese posible, se lavó cara y manos la primera cosa, y se arrodilló despues haciendo un largo rato de oracion con un libro en la mano. Se confesó antes de comulgar con el R. Cura Párroco de San Juan, el mismo que habia oido sus confesiones cuando en la cárcel; y recibió de sus manos al tiempo de la misa la sagrada comunión, oyendo antes una tierna plática, que le hizo dicho Señor, acomodada á la situacion en que se hallaba; procurando avivar su fé, y haciéndole presente que el Señor que iba á recibir, era aquel mismo que con tanta ternura y bondad perdonó á una Mag-

dalena arrepentida, y prometió el paraíso al buen Ladrón, pendiente en otra cruz, y que hasta bajó del cielo para convertir á un Saulo, y hacer de él un apóstol. Le dijo tambien que confiaba que daria aquel dia una egemplar y cabal satisfaccion al pueblo de Lérida, espectador de su muerte. Le encargó en fin que sus pasos de la cárcel al patíbulo fuesen acompañados de una modestia edificante, añadiéndole que quizá Dios se valdria de su ejemplo para la conversion de algunas almas pecadoras. ¡ Con cuanta devocion recibió entonces aquel soberano Señor, que recibia por la última vez! Si edificó su modestia cuando lo recibió al tiempo de cumplir con el precepto pascual, ¡ cuanto edificaria la modestia y devocion conque lo recibió entonces, sabiendo que dentro pocas horas habia de darle cuenta de aquella misma comunión! No la perturbó la proximidad de la muerte; no la hizo desmayar el recuerdo del patíbulo, que estaba ya preparado: basta decir que oyó, siempre de rodillas, así aquella misa como

las otras tres que se celebraron sucesivamente. Y es de advertir que ni en los dias de capilla, ni en la carrera hasta el suplicio, padeció desmayo alguno; antes bien caminaba con toda serenidad; y deseosa de verse ya en el suplicio, queria precipitar tanto el paso, que los sacerdotes que la asistian se creyeron obligados á contenerla.

Despues de la comunión empleó un largo rato en dar gracias al Señor por el beneficio que acababa de dispensarle. Y en habiendo tomado chocolate, preguntada si lo habia encontrado bueno, contestó: *No encuentro ya gusto en nada de este mundo. ¡Ojalá hubiese llegado ya la hora que estoy aguardando con tantas ansias, para que despues de mi muerte pueda entrar en la patria celestial!* Tenga V. buen ánimo, le decia uno, mientras llega esta hora; no se espante V.; y ella aseguró que confiaba no espantarse. *No, Señor, dijo; tengo ánimos, ayudada de aquel divino Señor, para sufrir con valor la muerte. Este divino Señor no me abandonará,* añadió, besando tiernamente

el Crucifijo. Asistió con igual edificacion, y de rodillas como queda dicho, á la segunda misa, y no menos á la tercera, que fué la de la agonía: y haciéndole una plática el sacerdote que la estaba celebrando, recordándole las agonías que sufrió Jesucristo, principalmente en el Huerto, y exórtándola á imitar en lo posible las virtudes que nos enseñó en su pasión, al hablarle de la túnica que Herodes mandó ponerle, insinuándole que ella deberia tambien ir al suplicio cubierta con túnica, *¿Dónde está esa túnica?* preguntó arrodillada como estaba: *traédmela, que voy á ponérmela.* Oida la cuarta y última misa, rezó algunas oraciones vocales, teniendo en la mano el libro; y estando paseándose despues, se le oyó esclamar de esta manera: *Ya se acerca la terrible hora, las diez de esta mañana; ya corren los momentos. Pero venga, Dios mio, la muerte: venga ese asiento donde debo morir: vengan esos animales que han de despedazar mi cuerpo despues de muerta, esos animales que crió Dios, y*

que colocó en la arca para que no pereciesen. Santa Teresa, continuó, invocando la proteccion de esta su Patrona, cuya transverberacion el dia siguiente celebraba cabalmente la Iglesia: Santa Teresa, sed ahora mi protectora, sed mi abogada. Santa mia, no os avergonceis de que una muger que lleva vuestro nombre muera de este modo, y haya ofendido tanto á Dios; no me dejeis, amparadme. S. Antonio glorioso, vos á quien he tenido siempre una particular devocion, amparadme en estos terribles momentos. S. José glorioso, vos á quien ha concedido el Señor ser especial protector para alcanzar una buena muerte, haced, Santo glorioso, que muera con la muerte de los justos. Santa Magdalena, vos que siendo pecadora os convertisteis de veras al Señor, y alcanzásteis la gloria, haced, Santa gloriosa, que os imite tambien en el dolor de los pecados. Sí, ¡Dios mio! ya que escandalicé al pueblo de Lérida con mis delitos, haced que lo convierta con mis palabras. Poned,

Dios mio, en mi boca palabras como las del Profeta, para que se conviertan los pecadores de esta ciudad, si alguno de ellos se escandalizó con mi mal ejemplo. Permitid, Dios mio, que satisfaga de este modo las ofensas que he necho contra vos, y contra el prógimo. Sí, la hora se acerca. Virgen santísima, madre mia, que estais esperando mi pobre alma, ¡ay Señora! ahora mas que nunca habeis de estar al lado de esta infeliz pecadora. Sí, Madre de consolacion, Madre de afligidos, sed ahora mi verdadera madre; dadme ánimo y valor en mis trabajos. Pero; que trabajos, Madre amorosa! Vos ya en esta vida me habeis llenado de dulzuras: esto no es agonía. Vos, Dios mio, habeis llenado mi corazon de consuelo: todo el mundo se compadece ya de mi suerte. La gente de Lérida que con tanta ansia aguardaba mi muerte, ya se compadece de mí; ya me salvarian si pudiesen. A-Dios, amigos; á-Dios, enemigos; á todos á-Dios: á todos pido perdon de toda

to que os he agraviado. Se abrazaba entre tanto con los pies del Crucifijo, y derramaban sus ojos tiernas lágrimas. *Dios mio, añadió, Dios amoroso, conservadme el valor que hasta ahora me habeis concedido. Haced que no desfallezca mi espíritu, para que sufra con paciencia los trabajos que me enviáis: ahora es cuando necesito mas de vos, Dios mio.* La interrumpieron para que tomase caldo, y un poco de vino rancio. Concluyó en seguida la novena que estaba haciendo á la santísima Virgen; y paseándose despues otra vez, se la oyó que llena de una santa confianza hablaba de nuevo al Señor, y le decia: *A las once confio que ya estaré, Dios mio, en vuestra compañía: La Virgen santísima vuestra Madre me conducirá de la mano á vuestra divina presencia: vos me esperareis, Dios mio, con los brazos abiertos.* Era singular la ternura con que profirió estas palabras: ellas enternecian á las muchas personas que estaban oyéndolas. Tal vez diria alguno que parecia en cierta manera como si participase

ya algun tanto del goce de aquellas dulzuras inapreciables que disfruta el alma dichosa puesta en aquella santa compañía por quien tan vivamente suspiraba. *Allí estará mi marido, dijo tambien: sí, mi marido, que quizá en la misa de agonía que le he ofrecido ha salido del purgatorio, y entrado en gloria, donde me esperarátambien con los brazos abiertos, para perdonarme y abrazarme.* Olvidada no obstante por algun momento de que en la gloria no puede haber venganza, dijo alguna vez á su marido: *Yo vendré á tí, esposo mio; ¡pero ay! tu huirás de mí, porque he sido tu cruel asesino; pero no, añadió luego, no, tu me perdonarás, y saldrás á recibirme con los brazos abiertos; así como confio vendrá tambien á recibirme el Padre celestial.*

En otras jaculatorias tambien tiernas y fervorosas prorumpió aquella misma mañana, á mas de emplear largos ratos en meditar la pasión del Señor, y repitió muchas de las que se le habian ya oido desde que fué puesta en capi-

lla: no es dable referirlas todas, y menos repetir las, sin abultar demasiado este escrito. Acordáos, dulce Jesus mio, decia, que por mí bajásteis del cielo á la tierra, que para darme vida padecisteis acerba muerte, y que para hacerme feliz sufrísteis tantos trabajos: no perdáis esta alma que tanto os costó. Vos, Salvador mio, os fatigásteis para buscarme, dísteis la vida eu una cruz para redimirme, todo para sacarme á mí del abismo de mis pecados: no permitáis, Señor que sean infructuosos é inútiles tantos trabajos. Vos perdonásteis á la Magdalena, salvásteis al ladron en el Calvario: todo esto me da esperanza de que tendréis misericordia de mí. Acuérdate de mí, os dijo aquel pecador, y Vos le respondísteis, hoy serás conmigo en el paraíso: hoy tambien esta pecadora semejantes palabras, cuando estaré para entregaros mi alma. Vos le salvásteis siendo asi que no se convirtió á Vos hasta la hora de la muerte: yo confio que usareis tambien conmigo de misericordia, aunque tar-

dé tanto á convertirme á Vos: no se malogró en mí, Jesus mio. vuestra redencion. y el deseo que tenéis de salvarme. = Gloriosísimo Patron San José, esposo dignísimo de la Virgen. Padre y Protector de Jesucristo mi Redentor, alcanzadme una muerte semejante á la vuestra: asistidme en aquella hora, y alcanzadme la gracia de que yo expire como vos entre los brazos dulcísimos de Jesus y de María. Gloriosa santa Elena, alcanzadme algun tanto del amor con que buscásteis la cruz de Jesucristo: vos murísteis abrasado vuestro corazón de amor á la cruz. Alcanzadme, Santa mia, sobre todo la salud de mi alma: haced que viva y muera en los brazos de Jesus.

Otros despidos.

Viendo que se acercaba la hora de su muerte, agradecida á los favores que habia recibido del oficial de la guardia, de los congregantes y del mismo alcayde, á todos quiso manifestar su gratitud y despedirse de ellos, prac-

ticando al mismo tiempo algunos actos de zelo. *Le doy á V. las gracias*, dijo al Sr. oficial. *Rogaré á Dios por V. Sé que V. es casado: viva bien con su mujer: ya ve V. mi infeliz situacion: vivan los dos como José y María, para que pueda darles la mano en la gloria, así como se la doy en la tierra. A-Dios. = Les doy tantas gracias*, dijo á los Congregantes que la asistian, *por los favores que me han hecho; rogaré por Vds. cuando estaré en la gloria. Otros congregantes*, añadió, *me han servido á mas de Vds: cuando vayan viniendo estimaré los hagan entrar, pues deseo despedirme de cada uno de ellos. Y al alcayde le dijo: Señor Antonio á-Dios. Tengo muy presentes los favores que V. me ha hecho; ha sido mi padre en esta prision: rogaré por V. delante del Señor para pagárselos. Diga V. á las presas, le añadió, que rueguen por mí, y que digan el rosario delante del Crucifijo que les he dejado para memoria. Haga V. que no lo saquen de allí, que las unas lo dejen para las otras: y si V. algun dia sale de alcayde, encargue*

esto mismo al que entrará en su lugar, No se olvide V. de aquel recado para N: á saber, le encargaba pidiése que dejase aquel trato ilícito á aquella encarcelada á quien ella habia pedido lo mismo hincada las rodillas antes de salir de la cárcel para ser puesta en capilla. Le pidió al alcayde al mismo tiempo que la acompañase hasta el suplicio, asegurándole que le haria en esto un favor singular. Y Vds. SS. Sacerdotes, dijo, volviéndose á ellos, *¿tendrán la bondad de acompañarme tambien?* y ellos contestaron que no la dejarían jamás hasta la muerte, como se lo habian prometido ya en otra ocasion.

Eran cosa de las nueve cuando así se despedia de ellos, y les hacia estos encargos apreciables, hijos del zelo que habia prendido en su corazon para la gloria de Dios y bien de las almas. ¿Quién diria que estaba tan próxima á la muerte? Despues de un rato de descanso meditó las siete palabras que profirió la boca sagrada del Redentor pendiente en la cruz. Arrodillada á la tarima del altar hizo á Dios la recomenda-

cion de su alma, valiéndose de un librito en que se leía en castellano: cosa de la mitad fué acompañando la voz del sacerdote que le sugería las palabras; era admirable el fervor con que las iba pronunciando: la otra mitad la oyó, y solo acompañaba las palabras con el corazón; pues el sacerdote juzgó prudente callase la lengua para que no se fatigase demasiado. Invocó también á la santísima Virgen, pidiéndole de nuevo su amparo. *Virgen santísima*, le dijo con no menos fervor que ternura: *ya llega, Señora y Madre mía, la hora en que necesito mas de vuestro favor y amparo. Asistidme, Madre clementísima: interceded con vuestro santísimo Hijo, para que me conceda un arrepentimiento fervoroso de mis pecados, y la gracia de una buena y santa muerte. Bien sé, Señora y Madre mía, que no lo merezco: soy indigna de favores y gracias, pues soy grande pecadora: así lo confieso delante de todo el mundo: pero, Señora, soy pecadora arrepentida, y como á tal soy hija vuestra, aunque indigna. He-*

chadme, amorosa Madre mía, vuestra bendición: no me desampareis; defendedme de mis enemigos ahora y en el último instante de mi vida. Añadió que era poco dar su vida para satisfacer por sus pecados; pero que unía su muerte con los méritos de la pasión de Jesucristo, y que la ofrecía al Eterno Padre.

Pero ay? se iba acercando la hora fatal, y se oían ya á cosa de la media para las diez los clarines y las cornetas de la caballería y de la infantería que debía formar el cuadro en el sitio donde habia de ejecutarse la sentencia. Pasaba la misma infantería y caballería cerca la cárcel, y ella lo oía: ¡cuantos reos hubieran desmayado en lance semejante! pero ella no desmayó, ni se inmutó; antes bien levantó de nuevo el corazón al Señor, paseándose entre tanto, y le dijo; ¡Dios mio! ya oigo las trompetas de la tropa que va á guardar el sitio donde he de ser ajusticiada: Vos, Señor, oísteis también el ruido de la tropa que venia á prenderos en el Huerto. Ya va á con-

eluirse el aparato para la ejecucion de mi muerte: haced, Dios mio, que desde allí vuele mi alma á gozar de vuestra compañía en la gloria.

Su misma cabellera le fué ocasion de edificar al prógimo con una respuesta laudable. Se dió un recado, al parecer del tribunal, avisando que debia ir al patíbulo con la cabellera tendida: así se lo previno la muger que la servia; y ella contestó que tenia antes mucha cabellera, pero que ahora, apenas tenia, por habérsele caido el pelo de resultas de la enfermedad: *Que si la hubiese tenido, con luyó, ya á exemplo de la Magdalena hubiera lavado con ella los pies de Jesucristo:* y profirió estas últimas palabras con un singular fervor. Habiendo entendido que deseaba una prenda suya la muger que la estaba sirviendo, accedió gustosa á sus deseos, dándole los bolsillos ó faltriqueras que llevaba, única cosa de que podia disponer: así se lo avisó al dárselas, encargándole al mismo tiempo que rogase por ella, y asegurándole que ella tambien la tendria presente en el

cielo delante de Dios, en recompensa de los servicios que le habia prestado.

Verdugo.

¿A que reo no causa una impresion la mas sensible la vista del verdugo quando se presenta á la capilla para ponerle la túnica y sacarlo de ella? pero Teresa ni entonces se inmutó. Se presentó á la capilla el jóven que habia de ser dentro de poco el ejecutor de su sentencia; y hablándola con respeto le dijo que él era el que mandaba la justicia para ejecutar su sentencia de muerte, y le pidió le perdonase. *Ya está V. perdonado,* contestó ella; *V. es el que debe perdonarme á mí.* ¿Como se llama V.? le preguntó por dos veces, pues la primera él no entendió la pregunta: y como hubiese contestado que se llamaba Antonio Gonzalez, ella le dijo: *Dios lo haga un Santo como San Antonio su patron.* ¿Donde está la túnica? preguntó en seguida. La desplegó el verdugo, pues la tenia prevenida allí mismo: y quando iba á ponérsela, le

dijo que ya se la pondría ella misma; y en efecto, la besó primeramente, y luego se la puso con una grandeza de espíritu que pasmó á los circunstantes, que no eran pocos. Levantando de nuevo el corazón á Dios, ¡Oh cuantos favores me concedéis, Dios mio! le dijo con una santa admiración y agradecimiento. *Los demás reos llevan túnica de otro color, y á mí me la han destinado blanca. Así me asemejaré en alguna cosa al coro de las Vírgenes, aunque no me parezca á ellas en la inocencia.* ¡Ay Dios mio! borre mi dolor las manchas que he contraído con mis delitos.

Salida de la capilla.

Llegó en fin la triste hora de salir de la capilla. Ella se postró antes á los pies del Crucifijo, y con una voz tierna y llorosa se despidió de él. ¡Ay Esposo de mi alma! le dijo: *Redentor mio, ya ha llegado en fin la hora de salir de esta santa capilla: me despido de Vos, soberano Señor. Yo salgo á imitación de vos cuando salisteis de casa de Pilatos*

para morir en el Calvario. Pero ¡ay Señor! gracias á Vos, ¡con que gozo me despido! ¡con que gozo me marchó! ya no volveré mas á esta capilla; contenta, estoy, porque confío que voy á poseer una mejor suerte.

Á las diez y siete minutos salió en fin de la capilla, y apareció al público. ¡Que aparato tan imponente! ¡Un inmenso gentío de Lérida y sus alrededores que se habia agolpado allí...; tropa de á caballo y de á pié, que debia guardar el órden, y acompañarla hasta al suplicio!...; en forma de procesion la Congregacion de la Sangre; cubiertos sus hermanos de pies á cabeza con ropage negro, y puesto el escudo sobre el pecho, con rosarios en la mano, y rogando á Dios por ella; y enarbolado su venerable y magestuoso Crucifijo en medio de dos hermanos que llevaban hachas encendidas, y tras él los tres sacerdotes con mantén y bonete, y delante de la misma el tétrico y negro guion!...; vestida la rea con túnica blanca, llevando pintada en ella con sangre á la parte derecha la figura de una

herida, en señal de la que ayrada atrevida dió á su esposo, y estrechando con sus manos otro pequeño Crucifijo, hecha la espectacion de todo el público!...; saliendo para ir á morir, en un patíbulo, tan jóven, y á causa de un parrieidio!...; el juez, el escribano, los alguaciles!...; el verdugo!...; un piquete en fin de guardia para seguir al detrás, batiendo marcha pausada!...; ¡ que aparato tan imponente, capaz de hacer caer en desmayo al reo mas animoso! y ella, muger, jóven, delicada, no desmaya, no se inmuta, ni pierde siquiera aquel agradable sonroséo que hermoseaba su rostro: antes bien acude luego animosa á postrarse humillada á los pies de aquella santa imagen, y despues de aplicar sus labios al clavo y de besar devotamente las llagas, desahogó su corazon conpungido y humillado con las siguientes palabras; ¡ *Ay Dios mio!* le dijo: *vos que fuísteis clavado con fieros clavos en el madero santo de la cruz á favor de esta vil pecadora, haced, Dios mio, que asi como yo aplico mis labios á este clavo,*

asi vos fijeis los clavos que atravesaron vuestro cuerpo en mi corazon. Sí, Dios mio, añadió despues de levantarse: *es poco. Señor, la pena con que pago los pecados que vil é ingrata cometí contra vos. Perdonadme, Dios mio, que siento en el alma haberos ofendido. Sean, Jesus mio. mis pasos semejantes á los que distes Vos por la calle de Amargura. Vos, Señor, caisteis tres veces bajo el peso de la cruz que llevábais á cuestas; yo, Jesus mio, solo llevo el peso de mis pecados. Dió algunos ósculos al Crucifijo, y se emprendió la marcha hácia al lugar del suplicio.*

Camina ella animosa á morir, acompañada, no ya de la exêcracion de parricida, sino de las bendiciones de una alma contrita y humillada que habia detestado de veras su delito, y que con su mudanza de vida habia llegado á enternecer aquellos mismos corazones que un año antes la aborrecian. Tiernas lágrimas, ayes profundos, lastimeros sollozos, eran la espresion del público en aquella triste hora: se veia en sus rostros un no sé qué de sentimiento, que

parecia llegaba hasta el corazon ; Que procesion aquella tan lúgubre y patética ! ; Ah ! precedia caballerfa : seguia la Congregacion : custodiaba la rea un piquete de tropa : la observaba el inmenso gentío ; y ella cumplia fielmente el aviso de su director y protector : su vista fija al Crucifijo ; su modestia edificante : era capaz de conmover corazones empedernidos . Pocos pasos habia dado cuando se dirige impensadamente al público , y con voz alta le pide perdon : *¿ Me perdonais ?* dijo con todo el metal de su sonora voz . Respondieron que sí los oyentes ; y notando ella que muchos lloraban , *No lloreis* , les dijo , *mi felicidad, pues que el Señor me quiere para el cielo . Apesar de que voy á morir con esta especie de muerte , me tengo por dichosa ; pues confio que voy á gozar de la gloria .* Durante la carrera adoró con piedad repetidas veces las llagas del pequeño Crucifijo que llevaba en sus manos ; y proferia con singular devocion los actos de fé , esperanza , resignacion , contricion y otros semejantes , que po-

nian en sus labios los sacerdotes que la acompañaban . Las jaculatorias que le iban sugiriendo , acomodadas á la triste situacion en que se hallaba , salian de su boca animadas con el fuego de amor en que ardia su corazon . Mientras pasaba el puente dijo al Señor : *Lo que yo paso , Jesus mio , no es agonia : Vos la pasasteis , Señor , caminando por el camino del Calvario .* Al llegar á la capilla de San Antonio , Santo á quien habia profesado devocion , reclamó de nuevo su patrocinio . Se santiguó , le hizo una inclinacion como quien le saluda , y le dijo con todo el corazon : *San Antonio glorioso , sed mi protector : venid ahora en mi compañía , pues que yo ya no volveré á ver otra vez esta capilla , ni pasaré ya mas por el puente . — ¿ Aun no llegamos á mi cruz ?* dijo poco despues . *¿ Oh quanto siento , añadió , tardar tanto á ver el Redentor de mi alma !*

Cadalso y muerte .

• Llega en fin á la otra parte del puen-

te, dejando atrás la ciudad: descubrió en aquel llano el cadalso; ve el altar de espacion y vindicta pública en que habia de morir: se acerca á él; ni esto la inmuta. Se reconcilia primeramente de nuevo con su Dios, á cuyo tribunal iba á comparecer; y se despide del Crucifijo de la Congregacion, y dice al Señor: *Ya ha llegado, Dios mio, la hora de mi muerte; en vuestras manos encomiendo mi espíritu; recibidlo, Señor, en vuestra santa gloria.* Subió despues con igual ánimo la escalera, y (cosa en esta nunca vista) besó aquel mismo asiento en que iba á sentarse para no levantarse mas. Se dejó atar por el verdugo; y se dirigió aun otra vez á aquella santa imagen, y dijo: *Confio, Jesus mio, que dentro poco os vendré á ver; recibid, Señor, os pido otra vez, mi espíritu.* Entretanto un profundo y melancólico silencio reinaba en medio de tanta gente: la tristeza se veía pintada en el rostro de todos: todo el concurso estaba en espectacion, temiendo por instantes el golpe fatal, pero ella misma fué

la que puso fin á tan triste silencio; pues que, sentada ya en aquel asiento de muerte, puesta ya casi en el umbral del otro mundo, viéndose tan cerca de aquel paso terrible, casi como entre el tiempo y la eternidad, teniendo todos fijos en ella sus ojos compasivos, siendo la espectacion de millares de personas que la contemplaban; no con ayes y suspiros, no con sollozos y congojas, sino con un rostro sereno y con su sonora voz natural, interrumpiendo impensadamente al sacerdote que la exórtaba, pidió de nuevo dos veces perdon: *¿ Me perdonais?* clamó primera y segunda vez: y entre los clamores del pueblo, que le decia que sí que la perdonaba; entre los sollozantes suspiros de las almas piadosas, que se sentian agitadas de un vivo sentimiento; entre las lágrimas que se asomaban á los ojos de la mayor parte de los espectadores; mientras oraba por ella con un fervor singular una multitud extraordinaria de sacerdotes, de monjas y de otras almas justas, que parecian interesarse de un modo especial por su

salvacion; al mismo tiempo que una porcion crecida de pueblo, reunido al sonido de la campana en la iglesia de la Purísima Sangre á la presencia del Señor sacramentado, invocaba allí á su favor la intercesion de los Ángeles y Santos, y de la piadosísima Reina de ellos María Santísima; mientras rogaba al mismo Señor con las devotas y tiernas oraciones con que nuestra madre la Iglesia ruega compasiva por sus hijos agonizantes y moribundos; ¡ah! hecha Teresa entonces mas que nunca la espectacion de todos, cumplió con su obligacion el verdugo, y entregó ella su alma al Criador, poco despues de las diez y media; y murió tan animosa y resignada porque la sostenian las máximas consoladoras de la Religion santa que profesaba, porque confiaba en la bondad del Señor Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, á quien tantas veces del íntimo de su corazon, arrepentida y conpungida, habia pedido perdon de sus pecados. Al inclinar ella la cabeza cuando moria, un ay no menos triste que signifi-

cante, proferido con una cierta compasiva admiracion, escapó del corazon y de los labios de aquella multitud. Ejecutada en fin la sentencia, se retiró todo aquel inmenso concurso; y se retiró con el corazon enternecido, y llevando impresa en la mente la idea de tantos áctos de virtud que le habian oido proferir, y que le habian visto practicar: ella fué por muchos dias el objeto de las conversaciones en la ciudad y fuera de ella; y no pocas almas piadosas envidiaban su muerte, la cual, á lo menos á los ojos de los hombres, pareció preciosa y envidiable.

Rio y sepultura.

Á poco mas de las tres de la tarde, puesto en una cuba, con la figura de aquellos cuatro animales que prevenia la sentencia, su cadaver, el cual habia permanecido hasta entonces sentado sobre el cadalso, se cumplió la misma sentencia en la parte que mandaba hecharla al rio Segre, el mismo que baña esta ciudad. Pero no permitió

que fuese sumergido en las aguas y arrastrado por su corriente la citada Congregación de la Sangre. Representada por su prior y unos treinta hermanos, estaba ya allí presente, y tenía prevenidos hombres en barquichuelos dentro del mismo rio para recogerlo luego que fuese dable. Aquella no menos compasiva que venerable Congregación, que con tanta caridad procura dulcificar en sus tres últimos dias la suerte de los infelices que por sus excesos criminales se han hecho merecedores de morir en un patíbulo, á los muchos oficios de piedad que habia practicado con ella desde que entró en capilla, añadió esta obra de misericordia, de recoger su cadaver de las aguas y darle sepultura eclesiástica, al haberse separado el tribunal. Luego que lo tubo en su poder, lo adornó con el escudo de las cinco llagas, distintivo que es de aquellos congregantes, en señal de que reconocia que la difunta habia muerto hermana de la misma Congregación; pues se alistó á ella, con no poca satisfaccion suya, cuando

dos dias antes se lo propuso su capellan. Colocado despues por los sepultureros en el ataúd, en el carro de los muertos fué llevado al cementerio común de esta ciudad, distante cosa de veinte minutos, acompañándolo dos hermanos con hachas encendidas. La misma Venerable Congregación, en fin, que á impulsos de su piedad habia procurado convocar á su iglesia aquel piadoso vecindario, á fin de que orando unidas y publicamente tantas personas en la misma casa del Señor, lugar de oración y puerta del cielo, conmoviesen las entrañas de caridad de ese buen Padre, para que le concediese la gracia de acabar en su santa amistad, no se habia olvidado de ofrecer sufragios por su alma, para sacarla del purgatorio, ó á lo menos aliviarla en aquellas penas, cantando á este fin un solemne responso luego que supo de positivo que estaba ya ejecutada la sentencia. Si su alma se halla ya en la gloria, ó cuando se halle en ella, pues parece puede piamente presumirse que murió en el ósculo del Señor, no se olvidará de

rogar por las personas que la tuvieron presente en sus oraciones, como se lo prometió en vida; y sobre todo por aquellos que con especialidad procuraron trabajar para que lograrse la gracia de su salvacion.

El siguiente epitafio señala el lugar de su sepultura.

De este lecho sepulcral
 dó Teresa Guix reposa,
 no te apartes tu ¡oh mortal!
 pues si aquella frente hermosa
 manchó el borron criminal,
 cual Magdalena llorosa
 lo lavó ya con dolor:
 Ruega por ella al Señor:

R. I. P. A.

Si fuese de nuestro intento enseñar al público el fruto que puede sacar de la muerte de Teresa Guix, ¡cuantas

reflexiones edificantes y piadosas no podríamos presentar aquí, que se dejan ver á primera vista, y todas de no poca iustracion y utilidad! Seámos no obstante permitido hacer un ligero coitejo entre Teresa delincuente, y Tere-arrepentida; entre Teresa adulada por el mundo, que perseguia su virtud, y Teresa abandonada del mundo, que abominaba su delito; entre Teresa en fin en los dias de su libertad, y Teresa en los dias de su esclavitud; y seámos lícito tambien preguntar en consecuencia, ¿cuando fué ella verdaderamente feliz? y ciertamente que no cuando el mundo la amaba, sino cuando moraba en la cárcel abominada del mundo. ¡Bendito aquel Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion que sé dignó iluminarla allá entre las tinieblas de la cárcel, y que teniéndola cautiva entre cuatro paredes, le rompió allí mismo las cadenas que aprisionaban su alma, y le concedió aquella libertad de que gozan solamente los hijos de Dios! ¡Bendita aquella Religion sacrosanta que allá en la misma

cárcel, en la capilla y en el cadalso se dignó endulzar sus trabajos, y la fortaleció con la unción santa de sus máximas consoladoras, las únicas que son el apoyo verdadero de los que gimen bajo la dura prensa de alguna penosa tribulación! Dos sencillas preguntas harán ver que no vamos errados en el particular: á saber: ¿Teresa Guix fué feliz en los dias que la aplaudió el mundo? ¿Teresa Guix fué infeliz el año que pasó en la cárcel, y en los dias que estuvo en capilla? ¿lo fué en el mismo cadalso?

No equivoquemos la idea de la verdadera felicidad. Feliz debe llamarse aquel que tiene una alma que se posee á sí misma; aquel que elevándose sobre los objetos sensibles, posee un corazón que manda á las pasiones, una voluntad que las encadena bajo su imperio. Un hombre que mira con un santo desdén lo que tanto aprecian los mundanos, un hombre á quien nada inmuta de cuanto acontece sobre la tierra, que en medio de los bayyenes de la fortuna descansa siempre tranquilo,

siempre sosegado, en los brazos de la providencia: ah! ne lo dudemos; este hombre justo, este hombre de bien, regularmente despreciado, calumniado, perseguido, sepultado tal vez en la oscuridad de alguna cárcel, ó entre los riscos y lobregeces de alguna soledad, no lo dudemos, este es el hombre dichoso; este es el único que con razon puede ser llamado feliz sobre la tierra. En el dia de lo que el mundo engañado llama infortunios, en el dia de la prueba y de la tentación, la Religion santa enjuga sus lágrimas; ella derrama en su corazón una tranquilidad inesplicable, cuyo goce es el gage de aquella felicidad eterna que le espera en la otra vida.

Y ahora preguntamos: ¿Gozaba Teresa de esta dichosa tranquilidad en los dias de su matrimonio? entonces cuando el mundo adulador alababa su hermosura, le tributaba incienso, le paraba asechanzas? ¡Oh cuan al revés! Si seguimos los pasos de su vida durante aquel enlace, la veremos una infeliz. Nunca contenta, inquieto siempre su corazón, forzada á habitar al lado de

un marido que al principio quizá aborreci,
y despues apenas amaba, fastidiada no
pocas veces de sí misma, ¿cuando go-
zó ella de una tranquilidad verdadera?
¿cuando tubo una alma que se poseye-
se á sí misma? ¿cuando elevándose so-
bre los objetos sensibles, poseyó un
corazon que mandase á sus pasiones,
una voluntad que las encadenase bajo
su imperio? ¿Cuando supo mirar con
tal desdén lo que aprecian los munda-
nos, que nada la inmutase de cuanto
acaece sobre la tierra? que descansa-
se siempre tranquila en los brazos de
la providencia? ¡Oh cuan al revés!
Nunca conoció ella en aquellos dias de
turbulencia la verdadera tranquilidad:
nunca estuvo plenamente contento su
corazon; nunca su alma se poseyó á
sí misma; nunca su voluntad encadenó
bajo su império las pasiones; antes
bien estas encadenaron bajo su impé-
rio tiránico su voluntad. Ellas le pu-
sieron en la mano el cuchillo parrici-
da; ellas la precipitaron al abismo de
su delito horrendo; ellas la hicieron
de una no muy buen esposa, la ma-

tadora de su marido: ¡ que desgraciada!
Sigámosla, y entremos con ella á la
cárcel; contemplémosla en aquel lugar,
lugar verdaderamente de horror al
modo de pensar de los hombres; y allí
no obstante veremos al fin cambiado
su corazon; allí la veremos gozar de
una tranquilidad de que nunca habia
gozado en los dias de su vida delincuente,
al tiempo de su aparente felicidad.
La Religion sacrosanta se dignó hablar-
le á su corazon, y ella le prestó oido:
allá en el silencio y soledad revivieron
en su interior las maxîmas cristianas
que habia mamado en la infancia, y
observado en los dias de su inocencia:
ella las rumió de nuevo, y conoció
sin tardar en que consiste la verdade-
ra felicidad sobre la tierra; conoció
que ni en este mismo mundo podia ser
feliz sino en los brazos de la Religion,
y que solo la puntual observancia de
sus preceptos podia comunicar á su co-
razon aquella tranquilidad de que nun-
ca habia gozado durante su enlace. Ella,
la Religion sacrosanta, le diria allá
en su interior: = Hija mia: las rique-

zas, que carcome el orio y la polilla, y que los ladrones desentieran y roban; la hermosura deleznable, que marchita una enfermedad, y que la muerte convierte en cadaver, en calavera, en podre, ceniza, polvo, nada; las ropas brillantes, los atavíos pomposos, que cubren un saco de inmundicia, y que al fin han de reducirse á una triste mortaja; los deleytes de los sentidos, que nunca van sin la mezcla de amarguras, y cuyo goce momentáneo no hace mas que irritar y encender mas vivamente la pasion; el aparente esplendor de los honores y dignidades, que se desvanece como humo, y que ha de quedar empañado en el sepulcro entre el polvo y la ceniza; los mismos cetros y coronas, las mitras y tiaras, que van resbalando hasta sepultarse entre los horrores de la tumba: ... eh! lejos de tí, hija mia, el pensar que esas niñerías, esas bagatelas, esos aparentes bienes, frágiles, insubsistentes, deleznales, percederos, puedan hacer feliz al hombre en los dias de su peregrinacion sobre la tierra. Una alma

espiritual; una alma que oye resonar continuamente dentro de sí misma la voz de su inmortalidad, nunca puede ser feliz con la transitoria posesion de unos bienes groseros y fugaces; de unos bienes que mañana, si no tal vez hoy mismo, han de perecer; nunca unos bienes finidos y limitados podrán llenar el vacio del corazon humano, que es ilimitado é infinito.

Solo el Señor, hija mia, puede hacererte feliz en este mundo, y para esto te es preciso reconciliarte con él. No temas: el Señor Padre de las misericordias aborrece tus pecados, pero no aborrece tu alma, antes desea con un vivo deseo su salvacion. El, que lo dispone todo con peso, número y medida, te ha conducido á esta cárcel porque quiere que mudes de corazon. Aquí mismo, entre la oscuridad y lobreguez de esta mansion, desventurada para los que perseveran obstinados, quiere iluminar tu alma: en esta estancia de esclavos quiere concederte la verdadera libertad. Solo falta que tu corazon se convierta

á él, dejando la senda del pecado y emprendiendo de veras la de la virtud. Debes confesarte, es verdad: pero ¿no sabes, hija mia, que aquel buen Padre tiene sus delicias en perdonar á los hijos arrepentidos? ¿No sabes que ha jurado que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta, y que viva? ¿No sabes que ha dicho por boca de sus Profetas que en cualquier hora que el pecador se convierta, olvidará sus pecados, y los hechará al fondo del mar, y los hará desaparecer como desaparecen las nubes, para no acordarse mas de ellos? ¿que si sus pecados han puesta su alma negra y asquerosa como el carbon, quedará despues hermosa y blanca como la nieve? ¿que por muchos que hayan sido, no le dañaran una vez convertido á él? ¿No sabes en fin que te asegura por boca de San Juan Crisóstomo que una vez convertido el pecador, le trata él con el mismo cariño que si nunca hubiese pecado? Aprovecha, hija mia, esta ocasion favorable en que te espera como aquel padre al hijo que habia

desperdiado su patrimonio. No te hagas sorda á las voces del perdon con que te llama; pues si ahora resistias á su bondad paternal, ¿cuan temible es que él se te haria sordo á tí cuando le llamaras en las angústias de la muerte!

Estas ó semejantes maximas, virtuosas y ciertamente consoladoras, resonaron en su interior, y ella las oyó con docilidad. Se preparó luego para acusarse de sus deslices humillada á los pies de un ministro de Jesucristo. ¿Dichoso el dia en que oyó de su boca que la absolvía de ellos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo! Cesaron entonces las congojas, y comenzó la tranquilidad; huyó el crimen, y entró la virtud. ¿Que sensacion tan suave la que esperimentó su corazon en aquella hora de salud! El Señor quitó de él aquel enorme peso que tanto tiempo habia le estaba oprimiendo: apaciguó aquellas encrespadas olas de inquietudes y remordimientos que lo agitaban: dió muerte á aquel gusano roedor que en medio de sus diversiones venia á perturbar aquella aparente satisfaccion

que parecia gozaba, haciendo resonar allá en su interior los tristes recuerdos de muerte, juicio, sepultura, infierno, eternidad. En aquella hora para ella tan feliz, rotas finalmente las cadenas de sus pecados, que la arrastraban á la perdicion eterna, recobró aquella verdadera libertad de que solo gozan los hijos de Dios: se le abrieron las puertas del cielo, que le estaban cerradas, y se le cerraron las del infierno, que tenia abiertas, y volvió á caminar por el camino de la salvacion. Entonces comenzó á ser verdaderamente feliz, porque su alma comenzó á poseerse á sí misma, y su corazon á mandar á sus pasiones; y comenzó tambien á despreciar lo que tanto aprecian los mundanos. Las incomodidades de la cárcel ya no le fueron tan sensibles; aquella esclavitud ya se le hacía soportable: la lobreguez ya no le era tan horrorosa: la compañía de otras delincuentes ya se le hizo amable, porque pudo trabajar en su salvacion, porque pudo estimularlas á actos de religion y piedad. ¿Por ventura una sola de las veces que se vió

en diversiones, cuando en el mundo, estubo tan contenta como cuando rezaba con ellas el santo rosario, y les explicaba cosas santas? Cuando puesta en el mundo leia tal vez alguna novela, ¿se saboreaba en ello su corazon con tanta satisfaccion suya como cuando en la cárcel leia algun libro devoto? Cuando recibió tal vez algun regalo, ¿se complació en ello su corazon con una alegría tan pura como cuando regaló á las encarceladas su estimado Crucifijo? Cuando conversaba con secuaces del mundo, ¿quedaba tan satisfecha como cuando en la cárcel, allá principalmente en el silencio de la noche, hablaba arrodillada á su Dios? Cuando alababan ellos sus prendas, su hermosura, ¿se satisfacía tanto su corazon como cuando ella alababa la hermosura de Dios y sus demás atributos? El amor que tubo tal vez á algun hombre, ¿sacía su corazon como el amor de Dios que ardía en él desde convertida? En los dias en fin del siglo ¿gozó jamás de aquella dulce satisfaccion, de aquella tranquilidad y descanso, de que gozaba

allá en aquella triste clausura? ¿Cuándo pues fué ella feliz? No ciertamente en los dias de su aparente libertad, sino en este último año de su aparente esclavitud: no entre las diversiones del mundo, que nunca dejaban satisfecho su corazón, sino en la cárcel, en la capilla, en el mismo cadalso: la antecedente narracion es una prueba auténtica de cuan tranquilamente descansaba entonces su corazón en Dios; en Dios, en quien creía hasta desafiar á los infelices ciegos que tienen la desgracia de negar su existencia; en cuya bondad confiaba con tanta esperanza, no obstante los pecados con que habia tenido la desgracia de ofenderle; y á quien amaba desde entonces vivamente, por quien suspiraba y anhelaba, deseando llegase en fin la hora de unirse á él por toda la eternidad. ¡ Bendito sea el Señor, que así mudó su corazón! ¡ Bendita su providencia inefable, que si la llevó á la cárcel, fué, segun piamente podemos creer, para llevarla despues á la gloria! ¡ Bendita su Religion sacrosanta, que endulzó sus trabajos, y fortaleció su co-

razón y su espíritu, y le comunicó valor para arrojarse á la misma muerte; no obstante que tan afrentosa! ¡ Dichosos en fin los que profesan fielmente Religion tan adorable! Ellos son verdaderamente felices ya en este mismo valle de lágrimas; pues que entre las tribulaciones mas amargas, en medio de los mas desastrosos infortunios, su corazón descansa tranquilo en los brazos de la providencia, y su lengua alaba los juicios del Señor, que todo lo dispone con peso, número y medida, y todo en gracia de sus escogidos. Este es el *hombre justo y firme en su propósito, á quien cuando llegase el cielo á desplomarse sobre él, haciéndose pedruzos, le herirían, sí, pero permaneciendo siempre impávido, sus ruínas: Justum et tenacem propóstiti virum, etiam si fractus illabatur orbis, impávidum ferient ruinae.* Así con sola la luz de la razón natural se espresaban los mismos gentiles; ¿como deberá espresarse un cristiano?

INDICE.

APUNTES SOBRE SU VIDA.

<i>Su nacimiento.</i>	pagina	9
<i>Su mocedad</i>		10
<i>Su casamiento.</i>		11
<i>Delito.</i>		16
<i>Cárcel.</i>		29
<i>Confesion general.</i>		26
<i>Capilla y despidos.</i>		39
<i>Descenso á la capilla.</i>		40
<i>Grillos.</i>		45
<i>Confesion.</i>		46
<i>Domingo segundo dia de capilla.</i>		57
<i>Rasgo de humanidad del oficial</i> <i>de la guardia.</i>		60
<i>Sustancia de la carta de Mosen</i> <i>Portella.</i>		63
<i>Carta á su hermana.</i>		67
<i>Carta á Mosen Portella.</i>		69
<i>Despidos de una tia.</i>		74
<i>De la muger del alcayde.</i>		77
<i>De la Simona.</i>		79
<i>Lunes último dia.</i>		88

<i>Otros despidos.</i>	97
<i>Verdugo.</i>	103
<i>Salida de la capilla.</i>	104
<i>Cadalso y muerte.</i>	109
<i>Rio y sepultura.</i>	113
<i>Epitafio.</i>	116

ERRADAS.

<i>Pag. v. lín. 4. presente año lease pasado año</i> <i>(Debia imprimirse esta relacion el año</i> <i>pasado.)</i>			
<i>Pag.</i>	<i>lín.</i>	<i>de</i>	<i>de</i>
29.	25.	del lease	de
31.	8.	intima.	intíma.
40.	25.	curz.	cruz.
49.	13.	gosa.	goza.
75.	20.	salduado.	saludado.
83.	1.	deseis.	deseeis.
96.	21.	hoj.	oyga.
115.	18.	lovidado.	olvidado.
119.	7.	lobregees.	lobregeces.
120.	1.	aborreci.	aborrecia.
123.	13.	reconcilarte.	reconciliarte.